

CENIT

— sociología —
ciencia — literatura



P. Bravo : La armonía entre los sexos.

C. Carpio : Diálogo de dos mundos.

Puyol : Jerez de la Frontera.

E. Relgis : De mi calendario.

M. de la Revilla : Lo cómico.

S. Gottecho : Thoreau y las flores del campo.

F. Ocaña : Autopsia psiquiátrica de Marilyn Monroe.

A. Albornoz : Lo que fué la restauración borbónica.

Fontaura : La estela imborrable.

A. Zozaya : Tras la cumbre.

M. Celma : La vida y los libros.

L. Romero : El hombre vestido de gris.

I. Sisifo : Morir al alba.

Denis : El feminista.

R. Flores Magón : Los utopistas.

Abarrátegui : Alas sin cielo.

Fichas y fechas.

Índice general de autores y colaboradores de CENIT

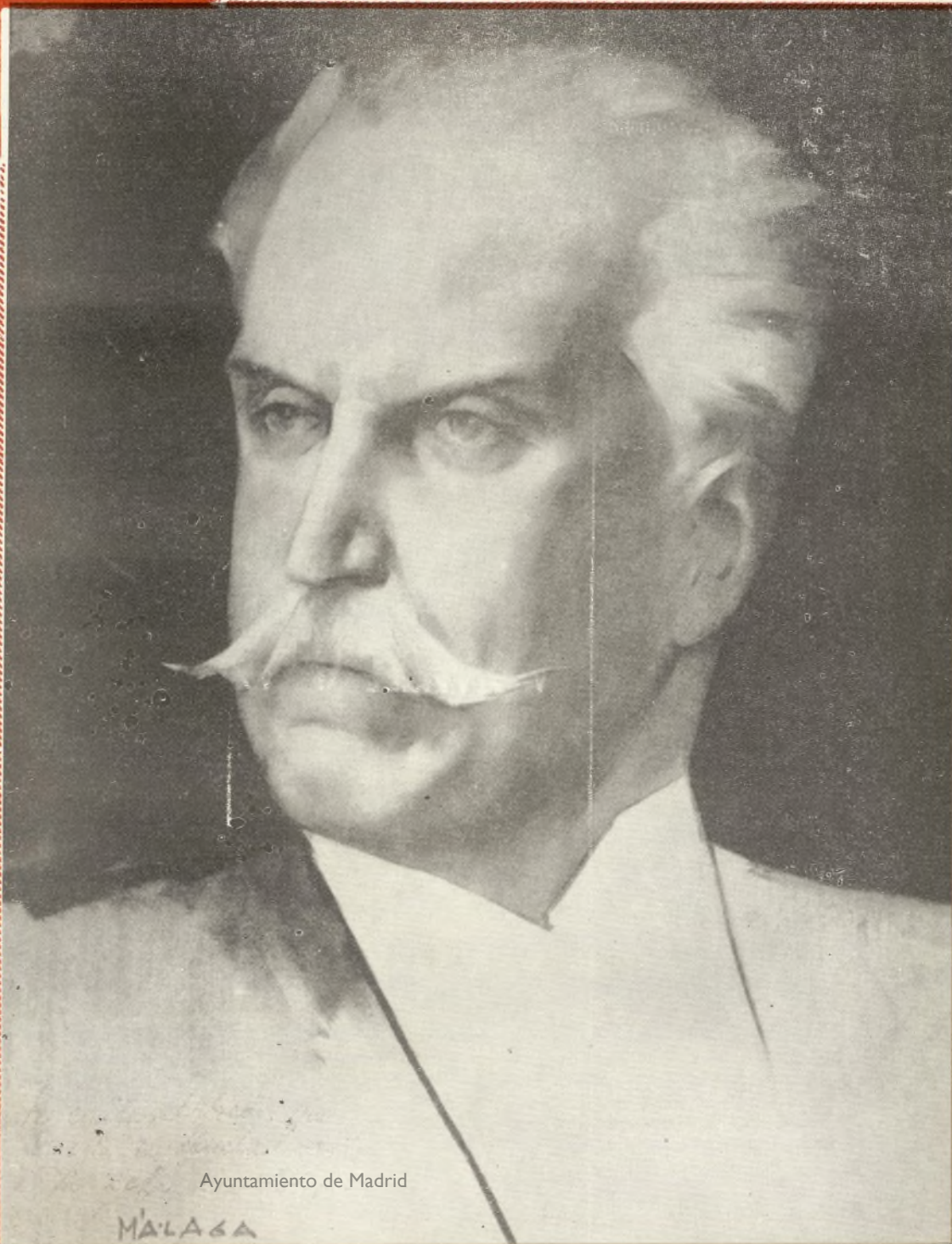
durante los años 1961-62.

144

DICIEMBRE - 1962

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,00 NT



Ayuntamiento de Madrid

MÁLAGA

NUESTRA PORTADA

La figura gigantesca de González Prada llena no sólo la historia social del Perú, sino de toda la América latina. Es hoy el maestro de una juventud estudiantil que en sus pensamientos ha encontrado la fuente y la justificación de su rebeldía.

Hijo de una familia acomodada, como Kropotkin, como Pisacane, como Tarriada del Mármol, como tantos y tantos otros, vino al movimiento obrero y anarquista por idealismo, por sentimiento y por irresistible vocación de libertad y de justicia.

Sufrió persecuciones sin cuento, intervino activamente en todas las huelgas y movimientos revolucionarios, no sólo del Perú, sino de todos los países de América, acuciados por la sed de pan y de justicia.

Fué un escritor magnífico, un verdadero cincelador de la lengua castellana. Fué un hombre de vastísima cultura. Su influencia actual es mayor, si cabe, que la que tuvo, en vida, sobre la juventud y la intelectualidad de su tiempo.

Mejor que cuanto podamos decir nosotros, hablan por él esos pensamientos recogidos en una « Antología » poco divulgada y conocida, que nuestros lectores pueden encontrar en todos nuestros Servicios de Librería. He aquí algunas de estas joyas filosóficas y literarias :

« Para el verdadero anarquista, no hay una simple cuestión obrera, sino un vastísimo problema social; no una guerra de antropófagos entre clases, sino un generoso trabajo de emancipación social. »

« Lo nuevo se construye con lo nuevo; y el gobernante que para modificar a un Pueblo se vale de instituciones añejas y leyes retrógradas, se parece al arquitecto que se vanagloria de levantar una casa nueva cuando toma un viejo caserón y le remienda con adobes desmochados, maderas apollilladas y hierros enmohecidos. Los individuos y las naciones no edifican algo nuevo y estable sin fundarlo en la verdad y la justicia. »

« Las religiones son las herejías de la razón. Dios es cortesano y político : va siempre del lado de los fuertes. »

« Sin el apoyo de la fuerza bruta o militar, no se habrían consumado las grandes persecuciones religiosas ni los autos de fe : al lado de inquisidores y verdugos; al pie de la hoguera, estuvo siempre el soldado. Hoy mismo, los sables sirven de puntales a la cruz. »

Y así podríamos llenar páginas y páginas de pensamientos lúcidos y profundos.

CENIT honra, en la figura de Manuel González Prada, una de las grandes luces encendidas por el anarquismo en la filosofía, en la literatura y en la historia.

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción:

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores:

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández,
Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert
Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio,
Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman,
J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina,
Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán
Desiré, Doctor Juan Lazarte, Renée Lamberet,
A. Prudhommeaux

Precios de suscripción. — Francia: Trimestre, 3 NF.

Semestre, 6 NF. Año, 12 NF.

Número suelto, 1 NF.

Paqueteros, 10 % de descuento

Exterior: Semestre, 7 NF. Año, 13 NF.

Giros : « CNT », hebdomadaire. C.C.P. 1197-21,
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute Garonne)

La armonía entre los sexos

TODA nivelación prolongada, sobre nuestro planeta esferoide, es una ilusión. Podremos atenuar ciertas escarpaduras verticales, decapitar ciertas alturas para colmar abismos, abrir nuevos y más amplios horizontes, pero el planeta seguirá su trayectoria elíptica y su movimiento rotativo, y sobre el océano más apacible continuará, pese a su llaneza, escondiéndose la nave cuando se aleja.

Así también, toda generalización rigurosa de la ciencia tiene sus más y sus menos, es decir, sus múltiples excepciones y enormes exageraciones. Resulta muy cómodo hablar del agua y definirla como un cuerpo líquido. Casi todos los cuerpos sólidos contienen algo de este líquido primario, y la misma atmósfera está saturada de agua. Pero agua como la hay de millares de especies, cada una compuesta de diferentes productos, de muy diversas propiedades y variadas formas. Agua la gota del rocío, y agua el copo de nieve; agua el chorro del manantial, y la espumosa ola oceánica; aguardiente y aguarrás; aguas ferruginosas, y aguas calcáreas, aguas calientes y frías, dulces y salinas.

Plantación sediente, ajada, marchita; irrigadla con agua salifera y la abrasaréis en seguida. Si amarillenta, anémica pérdida, dadle de comer gallinaza, pero no le regateéis la bebida, si no queréis sacarle hasta las raíces.

..

Si tan arriesgado es generalizar sobre cuerpos tan simples, cuánto más lo será la simplificación respecto a los cuerpos complejos. El humano, por ejemplo.

Fácil resulta —cuando de nuestra especie se trata, y el clásico distintivo se muestra— decir: esto es un macho, aquello es una hembra. Y todo junto, una simpleza, nosotros añadiremos.

Cierto que cada una de las células femeninas y masculinas llevan la estampilla de su sexo respectivo. Que en el aspecto reproductivo cada uno jugará un papel específico. Que para vestirse escogerán prendas distintas, pese a la actual tendencia consistente en feminizarse el hombre —blusas floreadas y melenas, rizos y depilaciones— y en varonizarse la mujer: pantalón con perneras, corte de pelo a lo «garçon», y partidas de «catch».

zarse la mujer: pantalón con perneras, corte de pelo a lo «garçon», y partidas de «catch».

Pero no es menos cierto que el padre y la madre contribuyen por partes sensiblemente iguales en la formación del núcleo de la célula original. Y es por ahí por donde se efectúa el traspaso de poderes, dicho de otro modo, el fenómeno o registro hereditario, el principio de la vida.

La determinación del sexo, interrogante sin respuesta eficiente ni convincente, no puede anular lo que el padre da de sí mismo a la hija en gestación, o viceversa, lo que la madre da al hijo que en sus entrañas se gesta. Ovulo y espermatozoide, al fundirse mezclan sus propiedades para formar el nuevo ser. Pero en tal fusión no hay exclusivismo, anulación de uno en provecho del otro.

De ahí que la pureza del sexo sea una rareza, pura filfa. Así lo demuestran los trabajos de sexología moderna, que intentan justificar las inversiones más vergonzosas por medio de exigencias fisiológicas.

Nosotros nos quedaremos más cortos, nada se nos perdió en tales lejanías, y aún creemos en los distintivos de este orden. Sin embargo, mujeres hemos visto que por sus formas, su lenguaje y sus bigotes —con zurriaga al cuello, pantalón de terciopelo, faja, faja y chalequillo— frente a una buena reata, en nada habrían desmerecido al arriero más corrido.

Y hombres que por sus gestos equívocos, sus andares menudillos y sus andanzas mundanas, sus manos ensortijadas y un sentido innato de la lissonja y la coquetería, exasperarían a las cortesanas más finas.

..

Aceptamos que la determinación del sexo impulse o dificulte el desarrollo de ciertas facultades o virtualidades innatas del individuo. Que la mujer tenga, por ejemplo, y debido a su constitución fisiológica, un sistema sensorial más agudo y una sentimentalidad más densa y compleja que el hombre; y que éste la deje en zaga en el terreno del pensamiento, que se distinga en las grandes espe-

culaciones, se eleve en el terreno de la abstracción y en la solución de las ecuaciones profundas. Y esto pese a las excepciones del calibre de una Eva Curie en el terreno científico, y a la presencia de un Petrarca en poesía. Pero la incongruencia mayúscula aparece cuando se intenta hacer del sexo un determinante rígido en todos los aspectos de la vida. Cuando se pretende que es él quien lo delimita todo, cuando por tales atributos se intenta señalar atribuciones impermeables y fronteras.

Así, por ejemplo, encontramos erróneo el que se hable de psicología puramente femenina. ¿Cuándo se comprenderá que el complejo de inferioridad, peculiar en la mujer, suele ser un reflejo originado por las ínfulas o agallas masculinas en su manía de establecer en todo jerarquías?

Absurdo medir la fuerza del hombre o la debilidad de la mujer, poniendo en los platillos de la misma balanza, los ovarios y los testículos. Esta fuerza quizás sea, a la postre, nuestra mayor debilidad, como se demuestra en la clásica Lisistrata.

Y no lo es menos, suputar el poder creador de los respectivos sexos contabilizando los millones de espermatozoides fecundos del varón, y los pocos de óvulos fecundos de la hembra.

No podemos suscribir aquello de que el chismo-rrero sea un vicio de mujeres, cuando frente al lavadero está la barbería, y en un mismo parlamento los parlamentarios masculinos dejan zagueros a los femeninos en los torneos de demagogia y zalamería.

Ni rubricar aquello de que la prostitución sea una mácula y un fenómeno específicamente femenino. Y para el hombre participe, que la fomente, la sufraga y la exige, galardón de conquistador, título honorífico.

No, nosotros no concebimos el dualismo sexual como dos factores irreconciliables, exclusivistas, en querella continua. Lo entendemos como un todo que se complementa y armoniza.

Si poco nos dicen las generalidades que se hacen tomando por base el ser abstracto, menos aún nos dicen las divisiones primarias que se intentan tomando únicamente el sexo como punto de referencia.

Concebimos al hombre y a la mujer sin limitaciones ficticias y de un valor equivalente. Y deseamos cada uno de ellos con personalidad propia.

Preferimos vivir el drama de ser dos, con sus roces, estridencias y asonancias; que la tragedia de ser sólo y seguido de pesado lastre.

Por ello nos identificamos con los versos de Boscán, el potea barcelonés contemporáneo del famoso Garcilaso, cuando dice obscuramente:

Uno soy, y en uno dos:
Hay un ser sólo entre nos,
Eso que muy claro nuestro,
Que imposible es no ser vuestro,
Siendo vos, señora, vos.

PLACIDO BRAVO.

Sermón inútil

«Comprended que los monos no se matan nunca entre sí. Pensad que para esto no han necesitado evangelistas ni evangelios. Ved que no son deístas ni sublimes en nada, y después de ponderar todo eso, sabréis que en la moral de especie, por lo menos, nada podría enseñarle a un gorila el más austero predicador de virtudes de todos los credos religiosos del mundo.»

LLES

Dice

Campio Carpio :

Diálogo de dos mundos

PARA la construcción de las Pirámides, se gastaron en rábanos, cebollas y ajos nada menos que 1.600 talentos de plata, el cereal como alimento data de mucho antes que Moisés, porque los ángeles ya convivieron con pan a Lot, que vivió varias centenas de años antes del Exodo. Cuando Jehová recibió las ofrendas de su pueblo en el altar de su tabernáculo sólo permitió que se colocara un pan.

Los pueblos de Oriente, Grecia y Roma conocieron el pan de cereales desde sus orígenes. No hay libro sagrado que no lo mencione en sus pasajes : la Biblia, el Corán, el Talmud, todos hablan del pan « salido de la tierra para nosotros », y se lo anuncia con unción de culto.

Los estudios de las religiones comparadas revelan que en la antigua Roma únicamente el sumo sacerdote podía tocar la harina de trigo. Pero mucho antes, bajo las distintas dinastías faraónicas el cereal, cultivado a los bordes del Nilo, constituía la gran fortuna que llenó de alimentos y de riquezas los graneros de Egipto durante muchos años de abundancia, permitiendo el ensanchamiento del imperio más allá de Babilonia.

Tan remota es la antigüedad del cereal como pan que el gran egiptólogo Champollón, que descifró los jeroglíficos de los descubrimientos arqueológicos, encontró el pan citado repetidas veces en las inscripciones y hasta en los sarcófagos. Cuando se descubrió la tumba de Tutankamón, acontecimiento debido a la audacia de lord Carnarvón, dícese haber hallado granos de trigo que al cabo de miles de años tomaron nuevamente contacto con el universo ambiente, germinaron, pero no fructificaron.

En las excavaciones de Pompeya y Herculano se han descubierto inscripciones donde el pan se mencionaba frecuentemente y, como producto de cereal popular, un alimento de la humilde grey humana, figura en las obras de Plinio, Virgilio e infinidad de escritores latinos.

Con un pan de cebada y una jarra de agua, confesó Epicuro que podría disputar la gloria de los dioses. Desde Alejandro Magno hasta Julio César los combatientes de todos los ejércitos recorrieron la tierra con su bolsa de cereal auestas como único alimento. Y *per saecula saecular saeculorum* los hijos de sus hijos entraron con un pan bajo el brazo por la puerta de oro del mundo.

Y responde Erich Fromm :

Mientras que hay millones de personas en nuestro propio medio y cientos de millones en el extranjero que no tienen suficiente para comer, nosotros restringimos la producción agrícola y, además, gastamos cientos de millones cada año.

Las tres cuartas partes de los productos comes-

tibles del mundo pertenecen a Europa, América del Norte y la URSS que, en forma global, integran la tercera zona de la población humana.

Asia, que representa la mitad de los habitantes de nuestro planeta, apenas si puede disponer del 17 por 100 de los alimentos que necesita. En la India, por el flagelo del hambre, el término de la longevidad no supera los 27 años.

En la XVII Olimpiada participaron 7.000 atletas que durante los 15 días de las competiciones, sólo para suplir los alimentos básicos, consumieron.

25.000 kilos de pan, 32.000 kilos de arroz, 64.000 kilos de carne argentina, 40.000 kilos de pescado, 600.000 huevos, 500.000 naranjas.

Para producir, 4.660 calorías, cada uno de los atletas que han participado en dicha Olimpiada, ha podido consumir diariamente :

200 gramos de pan, 200 gramos de arroz o pastas, 450 gramos de carne, 250 gramos de pescado, 240 gramos de aceite o manteca, 60 gramos de jamón, 160 gramos de queso, 200 gramos de mermelada, 300 gramos de verduras, 350 gramos de patatas, 100 gramos de harina, 200 gramos de azúcar, 30 gramos de café, 5 gramos de té, 1.000 gramos de frutas, 4 huevos, 7 botellas de bebidas variadas, 1 litro de leche.

Con esta superalimentación de destilería podrían hacerse un banquete 17 habitantes de La Paz, capital de Bolivia, donde la población indígena vive del aire que le aportan sus cansados dioses incaicos y que se consumen a la vista del mundo, pegada a nuestro cuerpo y de todos olvidada.

La vida es demasiado corta y humilde como para no embellecerla con buenas estimaciones que la estimulen y propaguen. Y demasiado pequeña como para no prodigarle toda suerte de ternuras.

Pueden alimentarse muchas ilusiones sobre las extensiones de nuevas tierras a cultivar, que el hombre está en condición de valorizar en el futuro. Hay varios billones de hectáreas de selva amazónica, del Congo, de Nueva Guinea, que están esperando la mano del hombre. Su incorporación a nuestro acervo económico no será una utopía si no llegamos tarde.

Y contesta Erich Fromm :

Tenemos abundancia, pero no lozanía. Somos ricos, pero disfrutamos de menos libertad. Consumimos más, pero estamos más vacíos. Poseemos más armas atómicas, pero estamos más indefensos. Tenemos mayor educación, pero menos juicio crítico y convicciones. Hay más religión, pero nos volvemos más materialistas. Hablamos de la tradición americana que es, de hecho, la tradición espiritual del humanismo radical; sin embargo, llamamos « no americanos » a los que tratan de aplicar ésta a la sociedad actual.

El automatismo y la cibernética, dice Monforte Toledo, han abierto un ancho mundo al cálculo, a la producción acelerada y, sobre todo, a la liberación del hombre de la férula de la máquina que él mismo creó y que, por aberraciones como el trabajo en cadena y el taylorismo, ha llegado a ser su amo. Energía nuclear, electrónica, automatismo, surgen y evolucionan justamente a la hora y punto en que otra técnica, la planificación, penetra en el futuro y revela los riesgos de la humanidad frente al agotamiento de los recursos del planeta.

Se está estudiando el problema que crearán los aviones atómicos que, con 22 gramos de uranio como combustible, realizarán el viaje alrededor del mundo. La locomotora de un tren fantasma francés movió su cuerpo de cien toneladas de peso por un recorrido de poco más de dos centímetros, deteniéndose en la vía delante de un huevo, sin romperlo y sin echarlo a un lado. Alemania occidental esta ofreciendo energía a los mismos precios de la térmica y en los Estados Unidos de Norteamérica se están concluyendo estudios para que la población afectada a sus industrias trabaje so-

lamente cuatro horas en cada uno de cinco días de la semana.

La Westinhouse Electric está dispuesta a instalar una central eléctrica en la luna, imprescindible para que un grupo de expedicionarios pueda bastarse a sí mismo. La productividad es la gran esperanza del siglo XX, con la conquista de consumidores en el área de la riqueza y el destierro del pauperismo mundiales. Para ello se están preparando equipos de técnicos en países industriales, dada la importancia que se asigna a las consecuencias del progreso y al incremento velocísimo de la población. Si la euforia productiva en el mundo capitalista continúa al mismo ritmo, el hombre podrá adelantarse a los cálculos más optimistas de los reformadores. Paralelamente, abriendo el panorama del mundo subterráneo que emerge de la faz de la tierra en actitud de ataque, se ensanchará el campo humano en colegios y universidades capacitando al hombre desplazado por la máquina para resolver personalmente los problemas ideológicos y sociales que el nuevo siglo de las maravillas ya está elaborando.

CAMPIO CARPIO

Jerez de la Frontera

En la provincia más vieja de España, junto al Puerto de Santa María, Jerez de la Frontera. De la Frontera, como otras poblaciones importantes de Cádiz. El Puerto es sombrío y Jerez luminoso. El Puerto es triste y Jerez alegre. El Puerto huele a légamo y Jerez a vino. Tengo malos recuerdos del Puerto de Santa María y buenos de Jerez de la Frontera. Entre una y otra ciudad hay una notable diferencia ambiental. En Jerez la jaula y el pájaro se corresponden: en el Puerto la jaula es más bonita que el pájaro. A mí Jerez no me graznó ningún cuervo y en el Puerto de Santa María sí. Por decir la verdad, esto es, que la luz que al Puerto le falta se la quita el presidio y abogar por el derribo. En la puntilla, a poco me dan la puntilla.

Jerez, universal, más que Cádiz, pese a su solera fenicia, cartaginesa y visigótica, y a pesar de sus posteriores históricas Cortes. Un pueblo grande, de mucho movimiento, con más cepas que rosales —flor es allí la uva— y más mujeres guapas que rosas: los «clisos» de las jerezanas oscurecen el día y esclarecen la noche. Donde las bodegas son alcáceres y las cuadras palacios. En los ermitorios de Baco —muchos, excesivos— escancian oro.

Jerez ha erigido un monumento ecuestre a Primo de Rivera y es injusto, porque Noé la cogió mucho antes. No se le da importancia a «cargar

delantero» e inclusive a personas de categoría se las ve por las calles haciendo eses mayúsculas. Faltan vomitorios municipales para que no haya necesidad de ir al Gallo a cambiar la peseta. El vino hecho alumbraba como el sol y el fino como la luna: uno da sueño y otro ensueños. El mismo topacio con diferentes luces. En Jerez la atmósfera está cargada de ámbar.

... Y de anhelos de justicia social. Esto no lo ve el turista que contempla la vastitud de la Plaza del Arenal o la animación de la Calle Larga, o las residencias de títulos, o los círculos de los señores, o el desfile de carruajes por las avenidas del Parque. Al turista el campo jerezano se le figura el Taygeto y la ciudad jerezana la sede de Baco. Sabe de las madres del vino que en copón de cristal le sirvieron yendo de bodega en bodega, mas no de la solera revolucionaria de los hombres, caldo de grados de otra bota. En este latifundio el hambre emborracha más que el mosto, y la ebridad es más persistente. ¡Cuidado con los campesinos de Jerez, aforrados de razón y no de bebida, que tienen malas pulgas! Revolucionarios de marca, ya muchos años fermentando en la cuba. Como que son ellos —oro viejo— los que dan el mérito al vino jerezano.

PUYOL

De mi calendario

(CONTINUACION)

A la pregunta de un periodista sobre la « posición del escritor » en el Uruguay, contesté que el escritor que no tiene editor, es decir, el medio de publicar y difundir en forma impersonal sus obras, no tiene ninguna posición. La paradoja, en este país donde la libertad de expresar el pensamiento se manifiesta firmemente por la prensa diaria, y los escritores no tienen los medios de difundir — mediante sus libros — ese pensamiento libre.

La culpa no es sólo del Estado, que por su naturaleza es en todas partes más o menos anticultural, por su política, por su armadura burocrática, por su inercia que busca siempre el respaldo de la rutina y las tradiciones llegadas a ser inútiles, anquilosándose en la idolatría del pasado, con frecuencia racial y chauvinista; o — si se quiere dinámico y progresista — proclamando una « ideología » agresiva, que esclaviza a su propio pueblo y amenaza a los demás con su expansión guerrera o falsamente revolucionaria.

La responsabilidad recae, principalmente, sobre los escritores; y son muchos en este país, talentuosos y capaces. Pero, en su mayoría prefieren la seguridad que puede ofrecerles un empleo público o una profesión liberal. Están todavía desprovistos de esa solidaridad de « gremio », de esa fraternidad entre combatientes del espíritu, tan necesaria en todos los dominios de la creación teatral.

Hablo en mi calidad de desterrado, que ha encontrado en estas riberas rioplatenses un refugio tan hospitalario, pero que — como sobreviviente de los compañeros periclitados en el torbellino de la guerra y las dictaduras europeas — persiste en ganar su pan y su techo solamente con sus trabajos de escritor. Tuve que realizar un ambiente propio, si no propicio, renovar mis medios de lucha en otro idioma, sin recurrir a las asociaciones existentes, cuyo carácter profesional es más bien platónico que práctico. Esas asociaciones no están todavía en condiciones de exigir y defender el « mínimo vital » necesario a todo trabajador intelectual.

Si los escritores son culpables por esa situación deficiente, los editores — o los que así se llaman — lo son mucho más. Ellos aprovechan esa apatía, esa pasividad de los escritores que viven mediante otras profesiones. Los editores convierten a los escritores en « corredores » de sus propias obras, no reconociendo el trabajo de producción literaria o de otro sector cultural; exigen al autor el pago de la impresión de su libro y casi la mitad del precio de venta, por la distribución — pero sin distribuir eficazmente el libro, en el interior y en otros países. Y eso, para no demostrar que aún en el pequeño Uruguay existen muchos lectores

asiduos. Tengo por mí una experiencia : se pueden difundir por lo menos dos mil ejemplares de un libro, sólo en Montevideo. Es lo suficiente para asegurar los gastos y los derechos de autor. Pero los editores de aquí usurpan el título de editor; son libreros, los más, simples mercaderes que aprovechan la importación barata de los libros de Argentina, España, México, etc., para venderlos bastante caros. De este modo, los pseudoeditores mantienen a los escritores en una inferioridad económica y moral, por nada justificada.

Repito sin vacilar lo que dije en varias oportunidades : el editor que no reconoce honestamente el trabajo intelectual — al menos tanto como el trabajo del obrero gráfico — es un negrero de los escritores y un pirata de la cultura.

(Esta respuesta mía a una encuesta sobre literatura, se publicó, en su tiempo, en « El Sol », de Montevideo y fue reproducida en algunos periódicos americanos : « ¡Sí, tiene usted razón! Pero ¿qué puede hacer? » Contra él mismo y sus comparsas, desde luego...)



De una carta de Fernando Nobre, fundador del Instituto de Demofilocracia de São Paulo (Brasil), en respuesta a su folleto « Solution du problème de gouvernement » :

Tengo que decirle, refiriéndome a mis opiniones ya expresadas ampliamente en « Cosmometápolis », que todo el problema de gobierno es, en el fondo, una cuestión individual, de conocimiento de sí mismo, de superación personal, de humanización de cada ser pensante, para llegar de este modo a la cooperación libre, a la ayuda mutua entre las agrupaciones sociales. En algunas palabras : saber dominarse — refrenar los impulsos nocivos, fomentar las buenas aspiraciones —, gobernarse a sí mismo, y reducir así al mínimo posible, y aun eliminar por completo el gobierno exterior — político, autoritario — impuesto por el Estado, que tiene siempre la tendencia a mantenerse y acrecentarse, en detrimento del individuo, con los « sacrificios » del pueblo, de las masas. Estas últimas están constituidas de unidades individuales, de « personas » — no importa el grado de su personalidad — a las que hay que instruir, esclarecer, libertar, respetar, y no « cosas » a manejar y « números » a sumar y explotar...



En un capítulo de « Le rire du sage —, una de las obras póstumas de Han Ryner — el « Sócrates parisiense » — he encontrado finalmente una acertada definición de la libertad, en conclusión

del complejo y espinoso debate acerca del determinismo y el libro albedrío.

Rechazando con sonriente firmeza las afirmaciones absolutistas de la « lógica realista » y las tentaciones engañosas de la metafísica, el autor de tantas obras maestras de sabiduría tolerante y de lúcida penetración en las deficiencias y antagonismos humanos, proclama una vez más la primacía de la razón en la múltiple manifestación del espíritu creador : « Poder determinarse en vez de estar determinado, obedecer, a consideraciones de ideas y de porvenir en vez de estar movido mecánicamente por el pasado, eso es quizás lo que yo llamo a menudo libertad. »

Han Ryner no ignora, desde luego, las correlaciones que perduran entre cada uno de sus actos y el estado general de su sér. Correlaciones elásticas que establecen cierta armonía en la serie de acciones de un individuo : « En alguna medida, yo hago triunfar el determinismo de sabiduría sobre los determinismos inferiores. » Y repite : « Esta victoria de mi razón en mis gestos, precisamente lo que yo llamo mi libertad. »

Así, con sonrisa aguda y a veces con risa inevitablemente demoledora, Han Ryner sale libre, triunfante de las contiendas metafísicas, de esas seculares recovecos de fantasmas llamados Dios, Universo, Destino, Unidad... La sed de unidad del Hombre es, en el fondo, sed de servidumbre. Ni el Universo, ni Dios contestan a sus angustiosas preguntas. Pero ninguna opinión metafísica impide al arquitecto al matemático, al artista, al pensador independiente, concebir realizar en esta tierra sus obras en « una armoniosa sucesión de sus gestos. » Esta es la esencia de la filosofía ryneriana y de algunos sabios más : la Voluntad de Armonía en el caos fomentado en nuestro mundo por moralistas dogmáticos y metafísicos empedernidos.

« ¿No le parece que debemos hablar sencillamente de la posibilidad de una manera de vivir orgánica, a tono con la cultura y las necesidades del hombre, y que todo se reduce a una modalidad de administración y organización que valore al hombre y que comprenda su integración con la naturaleza, con la vida? »

Esta pregunta, un poco sorprendente en una carta de asuntos redaccionales, un poco solemne pero francamente formulada, es del joven animador de la revista « Tiempo de América » de Buenos Aires, Danilo Romero, que se empeña en realizar una publicación « que sirva a las mejores aspiraciones humanas, sin caer en pesadeces críticas como lo

han hecho la mayoría de las revistas. » Apenas salieron dos números en seis meses, de esta revista mensual. Es una prueba de espíritu a la vez crítico y constructivo. Vale más caminar despacio y llegar tarde (pero nunca es tarde...) en vez de tropezar con escollos insospechados.

Y después de detallar cariñosamente los artículos, poemas y ensayos que va a publicar en el próximo número — Bertrand Russell : « con su expresa autorización »; Lewis Mumford : « creo que a usted le gustará... pienso que es un gran escritor y un gran hombre... en sus escritos corre el aire fresco y la vibración humana »; La Carta de Atenas, concerniente a los Congresos internacionales de Arquitectos modernos : Le Corbusier, Walter Gropius, Richards, Neutra, etc., sin olvidar a los autores nacionales, poetas incipientes y escritores muy atareados : « le había pedido una crítica a Giusti, pero él no podrá ocuparse por más o menos seis meses por los compromisos que tiene contraídos. » — Danilo vuelve a su pregunta y contesta, como hablando consigo : detenidamente :

— Nunca ha sido, quizá, tan vital para la humanidad volver al sentido elemental de las palabras, para poder marchar a una sencilla integración con la naturaleza. Parecerá pueril a veces — tal vez lo sea — recapitular en la cúspide de una civilización, sobre el sentido de una vocación que afirma la necesidad de una integración con la vida por medio de formas a tono con la naturaleza humana. Pero el riesgo de parecer pueril no incide en la magnitud de las preocupaciones... los principios orgánicos que no admiten desdoblamientos ni variaciones contrarias a ninguna de las formas de vida conocidas — en lo animal o en lo vegetal — no pueden admitir una transmigración en la esencia íntima del hombre si no a condición de colocarlo contra su vida misma, metamorfoseándolo en una criatura desconocida a los ojos de quienes lo vieron pugnando por ideales, ensueños y poesía... Pero, naturalmente, es tan difícil el planteo desde un ámbito elemental, como el que se pueda hacer desde la diversidad de ángulos que tiene la compleja actividad humana contemporánea. En tanto, lo esencial será no perder de vista nunca que los objetivos son claros y sencillos, admitiendo que los caminos pueden ser complicados y difíciles...

Y mi conclusión : a menudo los jóvenes piensan como los viejos. O, más bien, algo tienen que aprender los viejos de los jóvenes.

EUGEN RELGIS

Igualdad

«Carne sabrosa y tierna,
Vino aromatizado,
Pan blanco de aquel día,
En prado en fuente fría,
Halla un pastor con hambre fatigado,
que el grande y el pequeño
Somos iguales lo que dura el sueño.»

LO CÓMICO

A BUNDANTE copia de definiciones de lo cómico se halla en los estéticos antiguos y modernos, y más en éstos últimos, pues aparte de que los antiguos no conocieron la estética como ciencia independiente, cuidáronse muy poco de determinar la naturaleza de lo cómico. Enumeremos las principales definiciones y tratemos de buscar en ellas la fórmula más exacta, procurando reunir las notas que les sean comunes, concertar, y si es posible, separar las discordantes y mirar continuamente a la experiencia para comprobar las teorías pues la primera condición que una definición ha de tener es la de ser aplicable a todos los objetos que en la noción definida se comprendan.

Aristóteles, Cicerón, Quintiliano y la mayor parte de los escritores antiguos ven en lo cómico una deformidad, una fealdad, un defecto que no produce dolor, una desproporción ligera e inocente entre la idea y el hecho, entre lo que el objeto es y lo que realmente debiera ser.

Kant afirma que lo cómico consiste en colocarse voluntariamente en una disposición del espíritu en que se juzga de todas las cosas de otro modo que de ordinario, y sin embargo, según ciertos principios de razón.

Richter sostiene que es la contradicción entre los actos de la persona y la intención que la atribuimos.

Vischer declara que es la idea salida de su esfera y confundida en los límites de la realidad, de tal manera que ésta aparezca superior a la idea.

Solger dice que es la idea de lo bello, perdida en los accidentes y relaciones de la vida ordinaria.

Caniere supone que es una realidad sin ideas y contraria a las ideas.

Schlegel afirma que es la subjetividad puesta en contradicción consigo mismo y con el objeto, y que manifiesta en sumo grado sus facultades infinitas y su determinación de libre albedrío.

Voituron dice que proviene de una desproporción chocante entre los medios y el fin; que es un esfuerzo inofensivo y desproporcionado al fin, realizado por un agente que se hace ilusión acerca de sus fuerzas.



Levéque entiende que es la fuerza — grande, mediana o pequeña — obrando de tal suerte que el orden se infrinja, ligera aunque sensiblemente.

Dumont opina que es todo objeto del cual tiene el espíritu que afirmar y negar a la vez la misma



cosa, o en otros términos, lo que determina nuestro entendimiento a formar simultáneamente dos relaciones contradictorias.

Por último, otros muchos escritores modernos definen lo cómico como un intencionado desequilibrio en el conjunto de la obra artística, del que resulta una estudiada desproporción y falta de armonía; como el predominio de la forma sobre la esencia o de lo sensible sobre lo ideal; como la perturbación de lo esencial por el accidente; como el contraste entre la idea y el hecho, entre lo finito y lo infinito, entre lo esperado y lo sucedido; como un contraste cualquiera, ignorado por el sujeto en que se verifica; como la desproporción que la vida del individuo muestra en ocasiones entre lo que debiera suceder, según su intención, y lo que en realidad sucede, mediante el accidente, o entre el fin que debiera cumplirse y las fuerzas a quienes toca su realización, esto es, entre el esfuerzo y el resultado.

De todas estas definiciones tan diversas, y en su mayor parte demasiado metafísicas, resulta una nota común que puede señalarse desde luego como característica de lo cómico, y formularse del modo siguiente: « En lo cómico hay siempre un desequilibrio, una desproporción, manifestada por lo general bajo la forma de contraste, que altera el orden natural y constante de las cosas.

MANUEL DE LA REVILLA

Libelo de picardías

No mintiendo, sino diciendo o callando verdades es como la conciencia está tranquila.

★

IGNACIO SILONE: «La sabiduría se aprenderá con más facilidad si no hubiera tantos maestros para enseñarla.»

★

Definición del humor de MICHEL PERRIN: «Es un don que nos hace reír de todo lo que nos haría llorar si no poseyéramos ese don.»

Thoreau y las

(CONTINUACION)

Instructivo es también el anotar su pensamiento familiar de un año después, cuando se ve ante la primera lila fluvial, como puede verse en el volumen sexto, página 352, (16-IV-1854): « *Nymphaea odorata* ». De nuevo me deleito con el perfume de la lila de agua, luego de haber esperado toda una estación para hacerlo. Es el emblema de la pureza y su perfume nos lo sugiere. Creciendo en quieta y fangosa agua ante la vista tan pura y bella, con un perfume tan suave como si quisiera mostrarnos dónde se encuentran la dulzura y la pureza; y en qué lugar pueden ser extraídas ambas del limo y del lodo de la tierra... ¡Cuán confirmadas se hallan nuestras esperanzas con la fragancia de las lilas acuáticas!

Cuando se refiere a otra flor blanca con el popular nombre de pipa de tabaco, pronto supe por el contexto que tal nombre era muy común al remedar a la pipa india, *Monotropa uniflora*. Poéticamente escribe de ella en el volumen quinto, página 347 (30-VII-1853), cuando dice: « También allí entre la sombra y las hojas secas ha crecido la pipa de tabaco... Tallo, hojas y flores son de un blanco cristalino, puro y delicado. ¿Cómo detallarla? La cubren por entero sus hojas blancas y delicadas, recordándose al ropaje de una moza, con pureza que nunca había sido mancillada debido a su reclusión sombreada y enclaustrada — monja de sin par pureza —. Cuol si barrieran a un lado las hojas secas de la puerta, tres hermanas diferentemente altas, salen de su discreto convento y véanse aureoladas por la luz... Aparecen para probarnos... con sus cabezas inclinadas hacia el suelo, la pureza de sus vestimentas... »

La genciana orlada raramente se encuentra dos años en el mismo lugar. Encontrar el sitio donde se halla cada año y reverenciar su belleza, representa tarea casi sagrada. Thoreau la menciona muy a menudo y una cabal apreciación de su encanto podemos verla en el volumen cuarto, página 390 (13-X-1852): « Se trata de una flor notable, muy rara, que no se ve y se admira cada año en el mismo lugar. El caminante trata de verla, como hacen las abejas, ya que para él su néctar es mucho más celestial. Sorpresa singular y agradable es encontrarse con esta conspicua y hermosa flor. Cuando ya en esta estación se hayan ido de nuestra mente todas las hermosas flores azules, será la gentiana la última que florezca, a menos que no lo haga la hamamelis... »

Sobre este último florecimiento de la estación nos dice con placer y con deleite en el volumen tercero, página 59, (8-X-1851): « La hamamelis está aquí completamente florecida en esta mágica ladera, mientras se caen sus anchas hojas amari-

llas... Es una planta en extremo interesante — hija de octubre y noviembre — y sin embargo me recuerda a las primeras flores de la primavera. Aquí se yergue en la parte sombreada de la ladera, mientras la luz del sol por encima de la colina ilumina sus hojas y sus áureas floraciones. Inconfundibles son sus hojas tan juntas y angulares. Cuando están caídas y reseca con alegría me recuesto encima de ellas. Pero mientras sus hojas caen, las flores están aún en pleno apogeo. El otoño con ellas, parece toda una primavera y a causa de ellas podría decirse que todo el año está en la estación primaveral. »

Como conclusión apropiada a estos fragmentos de sus *Diarios*, pasemos a considerar a la planta mofeta (cierta hierba fétida), cuya confianza y fe en la llegada de la próxima primavera es aún un símbolo de la inmortalidad. En el volumen décimo, página 150, (31-X-1857), Thoreau escribe: « Si se ve usted afligido melancólicamente, esta estación, váyase a las tierras anegadizas y vea a las valientes hojas de la planta mofeta avanzar hacia el año nuevo. ¿Se trata del invierno de su descontento? ¿Es que acaso parece que iban a morir y desaparecer en su fetidez?... Nada de ello con la planta mofeta. Cuando sus hojas caen ya brotan de nuevo incipientes brotes. Para ella no existe ni el invierno ni la muerte; en ella se completa el círculo de la vida. »

Cuando con mi lectura llegué a las últimas páginas del volumen octavo de sus *Diarios*, me di cuenta de que en el anterior volumen séptimo, mientras mencionaba a muchas especies, se dedicaba a pasajes descriptivos sobre las flores del campo, que tanto habían enriquecido los volúmenes cuarto, quinto y sexto. En este último volumen, también noté un creciente número de medidas cuidadosas y completas sobre muchos animales y pájaros. ¿Indicaría esto que su interés por la historia natural, especialmente por la botánica, se volvía de más en más técnico? Si es así, estoy seguro de que lo hacía sin lesionar su ferviente adoración por la naturaleza.

Mientras estudiaba sus últimas observaciones campestres de la primavera y el verano de 1856, me asombré del gran número de especies que parecía conocer tan bien, la amplitud de sus conocimientos botánicos y lo proficiente de su observación, como lo ilustra el comparativo estudio de los hipéricos en el volumen octavo, páginas 426 y 428. Es evidente que durante los años transcurridos entre 1850 y 1856, se había vuelto muy buen aficionado botánico. Tal vez mejor sería aseverar que se había vuelto un profesional, aunque autodidacta.

Empezaba a preguntarme cuántas serían las especies de plantas y árboles que conocía, cuando

flores del campo

leyendo el índice que finaliza el volumen catorce de ciento nueve páginas, encontré que totalizaban unas setecientas. Tal hallazgo no me satisfizo mucho, hasta que empecé a investigar si estaban en el índice todas las especies mencionadas en el texto. Comprendí entonces que no era así, pues muchas habían sido omitidas. Por tal razón, una estimación entre mil trescientas y mil quinientas no era del todo desacertada. Se me dijo más tarde que sus herbarios que se guardan entre otros tesoros suyos en la biblioteca de Concord, contienen unas setecientas plantas, lo que es ya hartó suficiente para probar su participación en esta rama de la historia natural.

Vamos ya a terminar este estudio sobre Thoreau el botánico y amante de las flores del campo. De todos modos, bien erróneo sería dejar en la mente del lector, la falsa impresión de que sus estudios botánicos eran los que más le interesaban. Las siete mil páginas de los **Diarios** me han demostrado cuán amplios y variados eran sus otros intereses en la naturaleza y en la humanidad.

Su amor por las criaturas naturales — halcones, marmotas, roedores almizcleros y todas las otras — no tenía límites. Thoreau nunca voluntariamente mataba a un pájaro, animal o reptil, negándose a aprobar su destrucción, aun en el interés de la ciencia. Muchas páginas suyas vibran indignadas ante la matanza de los halcones, o ante el supuesto deporte de matar a los animales mediante trampas con el fin de sacarles las pieles, dejando en el terreno sus osamentas sanguiinolentas. Su protesta era aún más firme ante la destrucción de los roedores almizcleros. Afeaba la conducta de las legislaturas que solamente protegen a los pájaros que se alimentan de gusanos e insectos, sin interesarse por la protección de los otros, al no importarles la apreciación de su belleza y el valor estético de su plumaje y de su canto.

Su humanitarismo emerge en sus sentimientos y consideración por los pobres irlandeses que trabajaban en la vía férrea, y por sus niños, que vivían en cabañas cercanas, a lo largo de la vía. Uno de ellos, Johnny Riordan, ha sido immortalizado en el volumen segundo, mediante el poema « El pequeño irlandés ». También le hace un tributo en el volumen tercero, por su triunfo frente a la pobreza, cuando con sus remendados vestidos caminaba por aquella gélida temperatura, « con su ánimo de estudio », firme y voluntarioso por la nieve profunda, una buena milla hasta la escuela.

Siendo muy afecto a la gente que vive en los campos, Thoreau se deleitaba hablando con los campesinos y los pescadores. Aunque no aprobaba sus ocupaciones, sabía ser atento escuchando los relatos de los tramperos y los cazadores. Aque-

llos seres le traían noticias de lo que estaba sucediendo : la primera aparición del azulejo americano, la floración de las gayubas, el vuelo de los patos silvestres en la primavera y el otoño, o como localizar a la gentiana orlada de tal o cual año. Informaciones que a menudo anotaba junto a sus relatos.

Todos los que aman a las flores del campo se deleitarán siempre con sus escritos, comprendiendo que son una inspiración y un estímulo para « buscar a las flores en plena naturaleza ».

(Trad.: V. Muñoz)

NOTA DEL TRADUCTOR :

El autor de este interesante estudio sobre Thoreau y las flores del campo, es autor también de un librito sobre las flores silvestres, que se vende a cincuenta centavos de dólar, siendo por lo tanto muy barato, y que recomendamos a todos los lectores que vivan o se interesen por las flores campestres en América del Norte : « A pocket guide to wild flowers » (Guía de bolsillo de las flores del campo). Contiene doscientas veinticinco ilustraciones, de las cuales ciento tres son en color.

Los lectores que vivan en Europa, especialmente en Francia y países que le son fronterizos, podrán deleitarse con la hermosa obra « *Fleurs des champs et des bois* » (Flores de los campos y de los bosques), publicada recientemente en París por Ferdinando Nathan. Contiene quinientas sesenta y cuatro ilustraciones a todo color.

El estudio que acaba de leerse fue publicado privadamente por el autor. Está ilustrado con cinco fotografías en blanco y negro. La primera, tomada en 1908, muestra el supuesto lugar en donde se suponía estuvo la cabaña de Thoreau a orillas del lago Walden, con la pirámide de piedras indicándolo. Posteriormente Roland W. Robbins, descubrió en un sitio no muy lejano su verdadero emplazamiento, cual relata en su libro « Descubrimiento en Walden ». La segunda, tomada en 1952, fotografía la ensenada del lago en donde vivió Thoreau. La tercera, sin indicación de fecha, es de las colinas y lagunas de Fair Haven, tan mencionadas en sus *Diarios*. La cuarta es una fotografía de la rodora. Y la quinta « de los brillantes amarillos soles de las praderas ».

La revista « Audubon Magazine » (LXIII, julio de 1961), trae un artículo de Bárbara Paine titulado « Las flores silvestres de Thoreau », relatando cómo una persona de Concord y otra de Lincoln han confirmado los relatos de Thoreau acerca de dichas flores, mencionados un siglo antes. Y ya que hemos mencionado el nombre de Audubon, digamos que se llamaba John James Audubon, que vivió de 1785 a 1851, que fue famoso naturalista, autor del memorable libro « *Birds of North America* » (Pájaros de América del Norte). Digamos aún que la casa de publicaciones Dover de Nueva York ha publicado recientemente una hermosa edición en dos volúmenes de los *Diarios* de Audubon.

En el mundo autoritario

«Autopsia psiquiátrica» de

(CONTINUACION)

Con razón los psiquiatras llamados para dictaminar sobre su caso, situados en el terreno de los hechos, reuniendo y compulsando datos psicológicos, moviéndose, investigando y estudiando minuciosamente el porqué de su última acción en la misma escena donde Marilyn se desenvolvió, dando fin a la tragedia de su vida, afirman en su informe, sin poder dar más explicaciones, con evidente emoción, que representó, sin saberlo, el mejor papel de su carrera.

A Marilyn Monroe la hicieron «estrella» del cine, pero cuando más elevada parecía estar dejó de serlo, por propia voluntad, sorprendiendo a todos sus semejantes, para huir definitivamente, horrorizada, del mundo autoritario. Y se vio envuelta por fulgurante aureola de humanidad que surgió de su propio ser, brillando con luz propia, intensamente. Sólo los seres sensibles, con categoría sencillamente humana pudieron verla, comprenderla y valorarla cuantitativa y cualitativamente. Los demás, servidores del Tío Sam, del Papa y de Kruschév, etc., desde los bajos y sombríos niveles psicológicos que ocupan no la pudieron distinguir ni comprender con claridad. Y unos se entretuvieron simulando criticar al capitalismo y otros al materialismo — que todos comparten y defienden — y lo que fue o la hicieron ser, decimos nosotros — en el mundo del cine, de la ficción, al que ya no pertenecía, al que abandonó expresando y concretando, con el último instante vital, lo que sintió toda su vida, lo que en realidad era e impidieron fuera más largo tiempo. ¡Cuánta comprensión y bondad faltó a los que la rodeaban e influenciaban directamente! Marilyn Monroe, su cuerpo, toda su hermosa estructura anatómica, es decir: todo su exterior tan admirado por las multitudes y hasta por los « santos » varones del Vaticano, que lamentan haya sido pasto del materialismo, más espiritual que todos sus admiradores lo sacrificó, ella misma, por lo humano, por lo humanísimo que predominaba en su naturaleza, como se comprende por cuanto vamos exponiendo que armoniza con los datos de su testamento que transcribimos más abajo.

Si no la comprendieron ni sus viejos amigos de la Fox, con los que tan estrecho contacto tenía, que la perturbaron hasta el límite que prefirió morir, cómo iban a sorprenderla las demás gentes del mundo de los negocios. Sin embargo ahora tratan de salvar su responsabilidad. ¿Cómo? Los sujetos autoritarios, inteligentes, violentos y crueles, conocen mil cobardes y malignos modos de aparecer limpios de culpa al menos frente a los ingenuos ojos de la mayoría de nuestros semejantes, que creen los amañados y parciales informes de la deshonesta publicidad comercial y po-

lítica. Hay sobrado dinero en las manos aviesas de los que formaron el ambiente psicológico que acabó con la vida de Marilyn para hacer callar a cualquier asesor o para hacerle decir, en la hora oportuna, olvidado algo el caso, lo que más convenga al que paga.

Lo cierto sobre Marilyn es que sus asesores legales estaban tratando de arreglar con la Fox el asunto de los 500.000 dólares que, por no presentarse a trabajar, le exigían como « mínima » indemnización. Larga y agotadora fue la entrevista. Acabó cuando se terminaban las 24 horas del día 4 de agosto de 1962. Marilyn había ordenado que por tarde que fuera le comunicaran el resultado de la misma. Estaba esperando la llamada telefónica, que era vida o muerte. ¿Cómo recibió la noticia adversa? Ya lo sabemos: su ama de llaves la encontró muerta en su lecho a las 3,50 del día 5 de agosto, unas cuatro horas después de recibir la comunicación que acertó a cometer el crimen psicológico perfecto.

La Fox habrá pensado y exclamado: ¡Ah, si pudiéramos hacer negocio con tanta publicidad gratis que se hace en todo el mundo sobre la vida y la muerte de Marilyn Monroe! Lástima grande que no la podamos aprovechar. Pero del modo que ya han empezado a hablar parece que están pensando como en carnicería — según expresa Kim Novak — sacar el máximo provecho — como los fabricantes de armas con la carne de cañón de las guerras — de la historia de su vida exhibiéndola mintiendo, ocultando la verdad de cómo acabaron con ella.

A pocos escrúpulos nadie gana a ciertos comerciantes, y nada nos extrañaría que por deberles Marilyn Monroe la película « Algo debe ceder » — ella fue la que tuvo que ceder su existencia — piensen reclamar la prioridad para filmar la de su vida y resarcirse de las pérdidas ocasionadas al morir aquella, y no poder continuar filmando la precitada película de la que ya habían tomado escenas. Pero para lograr el negocio redondo, completo, tendrían que ser absueltos por la conciencia moral de la Humanidad, pues no basta que las autoridades los tengan por inocentes. Esto es lo que intentan, pues los despojos de Marilyn Monroe les serviría para ganar con una película más millones de dólares que con ninguna otra de las en que intervino en vida. Y con objeto de ir conquistando el favor de la opinión pública en la prensa norteamericana han empezado a publicar la versión que damos más abajo. Se atreven a darla, porque ya creen tener a su favor todos los testimonios, pero algo les impide que su maniobra resulte perfecta: al volver al lugar de la tragedia — por no decir del crimen — se han delatado.

En efecto, saben cuán variable es la psicología de las multitudes, y piensan hacerla cambiar por

MARILYN MONROE

medio de los formidables medios de publicidad moderna con los que hacen creer a menudo que lo blanco es negro y viceversa, que es la calidad superior lo que poco o nada vale, etc. Y confiando que pueden hacer olvidar lo que no se sufre en carne propia, pese a que el médico forense y los psiquiatras manifiestan que Marilyn Monroe se suicidó, van diciendo que lamentan su muerte — y hoy lo creemos hasta cierto punto — debido, seguramente, a desgraciado accidente, al repetir lo que hizo otras veces: tomando excesiva cantidad de barbitúricos. Y en seguida se colocan en medio de la escena seguros ya de la impunidad, de la coartada y de sus cómplices ¿qué dicen a esto los asesores de Marilyn? — diciendo sentir que fuera víctima del insomnio y del nerviosismo, porque la película suspendida se iba a reanudar, contaban darle el papel que le habían quitado y no la iban a exigir ya la indemnización de quinientos mil dólares. ¡A buena hora lo dicen! De haberlo dicho todo esto a Marilyn en vida no se hubiera suicidado. ¿Quiénes son sus asesinos psicológicos? Los de la Fox volviendo sobre sus pasos se han proyectado y desenmascarado diciendo lo que comprenden debieron decir y hacer, y que no dijeron ni hicieron cuando convenía decirlo y hacerlo.

Muchos lo comprenden, quizás, pero lo callan. La actitud más digna, elocuente y acusadora, al respecto, fue la de Joe Di Maggio. La fotografía ampliada de éste, que se publica en la página 56 de la revista « Life » (en español), correspondiente al 17 de septiembre de 1962, refleja el sincero dolor que sentía al salir del cementerio. Y en la página siguiente, en la 57, el periodista Richard Meryman, redactor asociado de « Life », que hizo la última entrevista a Marilyn en su casa de Brentwood, en California, dice: « Al tomar Joe Di Maggio a su cargo los trámites del funeral no permitió que asistiera ninguna de las notabilidades de Hollywood. » Claramente los señaló con el índice: repudió al mundo que la sacrificó y, en particular, a los productores de la Fox.

Joe Di Maggio al menos no fue hipócrita. Su conducta la justifican las mismas palabras del precitado periodista al decir que la segunda charla no pudo tener lugar porque Marilyn pidió que la postergaran, porque « estaba totalmente agotada de las negociaciones de la Fox. » Sin embargo, « electrizada de indignación Marilyn le habló airadamente del trato que los estudios daban a las estrellas. » Y Richard Meryman recuerda que cuando terminó la entrevista que apareció en « Life », en el momento que se retiraba, se volvió de pronto y preguntó a Marilyn Monroe « si muchos de sus amigos la habían llamado para apoyarla cuando la suspendieron en la Fox. En medio del silencio, sentada, muy enhiesta, los ojos muy abiertos y apenados, me contestó con un minúsculo

« no ». Comprobamos, pues, que la única acción sincera, pero callada, que estuvo de acuerdo con la ejecutada por Marilyn fue la de Joe Di Maggio impidiendo que al funeral asistieran notabilidades de Hollywood. A todas las hizo responsables de su muerte.

Al quedarse Marilyn sin el papel de la película, dado lo escasa de fondos que estaba, tuvo que pensar en otros proyectos, en nuevos trabajos. Tenía ya planeado participar como estrella y productora en una comedia musical de Broadway. Dos días antes de su fallecimiento había ordenado la confección de costosísimos vestidos. No se daba por vencida; continuaba luchando, animosa, optimista. Lo era por naturaleza. Su deseo de abandonar la lucha y hasta morir, descubierto por los psiquiatras, sin decir más, dejándonos en el aire, nosotros nos atrevemos a afirmar que — aunque su ánimo estaba predispuesto al suicidio como último recurso — empezó a sentirlo al final de las precipitadas cuarenta y ocho horas durante las cuales todavía su optimismo se mantuvo incólume: al recibir la última funesta llamada telefónica. Todo lo vio perdido y dejó de luchar para morir.

Constató que ni amigos comerciales tenía. Sintiendo inmensa soledad y honda angustia la invadió sombrío pesimismo. Los que la demandaban pretendían dejarla con lo puesto, arruinarla. Perdió los ánimos; se sentía con fuerzas para continuar luchando, pero no para volver a pasar por todo lo que pasó para llegar a ser estrella, contando con la plenitud de su juventud y de su belleza. Ya no contaría con estos atributos. Había alcanzado los treinta y seis años de vida después de quince de dura lucha artística, y otros quince, sin los atractivos físicos que hasta hoy la hicieron triunfar en el mundo cinematográfico, significarían más de cincuenta años de edad. No era, no, como empezar tres lustros atrás.

Hasta ahora los audaces y deshonestos tiburnes de las finanzas, acostumbrados a no detenerse ante nada para triunfar, han permanecido callados — ¿hasta cuándo? — casi sin moverse; les ha faltado valor inhumano para inventar llamadas telefónicas que digan otra cosa o lo contrario de lo que perturbó a Marilyn y la empujó al suicidio.

Marilyn Monroe se suicidó, principalmente, movida por elevado sentimiento de sociabilidad: por conservar para los que amaba — en particular para su progenitora — el dinero que le quedaba por considerar que ya no obtendría otro tanto — así lo pensó, seguramente, en su desesperación — en el poco tiempo que le quedaba de fama artística internacional. Si continuaba viviendo de un momento a otro se iba a quedar sin un centavo, y con deudas además después de haber sufrido y trabajado tanto. Por otra parte, por dignidad y

amor propio, bien justificados, no quería dejárselo arrebatar todo por sus viejos amigos y socios de la Fox que, pese a todas las dificultades, cuentan con millones de dólares. Esto Marilyn Monroe podía lograrlo a un precio alto: sacrificando su vida. Sabía que el pleito judicial lo tenía de antemano perdido. La Fox poseía el dinero del que ella carecía para ganar el juicio.

La notable inteligencia e intuición maravillosa de Marilyn Monroe le hizo comprender que, al suicidarse, la Fox — como cualquier otra compañía, patrón o empresa en su caso — cambiaría de parecer: no se atrevería a sostener una demanda que, desde el punto de vista de los negocios, le acarrearía desprestigio moral y comercial y la pérdida, seguramente, de una cantidad mucho mayor que la que le exigían de indemnización. Estaba convencido de que sus ex amigos y ex socios echarían tierra sobre tan escabroso asunto antes mismo de que se la echaran a su féretro o que lo llevaran al mausoleo. Y de no ganarles la partida casi en el mismo momento de su muerte consideraba que la ganaría al ser abierto y publicado su testamento.

Cómo iba a atreverse la Fox, frente a la opinión pública norteamericana y mundial, a la vista de todos los seres humanos, realizar esfuerzos legales para dejar a la madre de Marilyn en el arroyo, sin el fondo que ésta dedica a asegurar sus cuidados y manutención, mientras viva, en donde está internada, en California, y evitar el resto de los legados que hace en favor de otras personas.

Marilyn Monroe, sufriendo inenarrable angustia, dado su gran amor a la vida, después de maduras reflexiones, al sentir y tener la seguridad de que obtendría el resultado que esperaba, que su sacrificio no sería estéril, que después de tantas decepciones y frustraciones su última voluntad no sería burlada, frustrada, que la Fox no se saldría con la suya, decidió suicidarse. En esta convicción halló las fuerzas suficientes para representar el mejor papel de su carrera.

Del testamento de Marilyn Monroe abierto en la corte de Nueva York publicado en la prensa el mismo día que éste se hizo público el informe oficial declarando que se había suicidado, extraemos los siguientes datos:

Ordena un fondo de 100.000 dólares que suministra 5.000 dólares por año para la manutención y sostén de la madre de Monroe, señora Gladys Baker, que se encuentra en una institución.

El fondo también establece 2.500 dólares por año para la manutención y sostén de la señora Chekhov, amiga y mentora de la actriz.

Lo que quede del fondo después de la muerte de la señora Baker y la señora Chekhov va a la doctora Mariane Kris, para ser usado por ella para el mantenimiento de instituciones psiquiátricas o grupos que ella escoja.

Deja todos sus efectos personales y vestidos a Lee Strasberg, su director de drama. Ordena que él los distribuya « a su sola discreción, entre sus

amigas, colegas y otras personas que ella apreciaba. »

Otros donativos incluyen 10.000 dólares a su hermanastra, señora Bernice Miracle; 10.000 dólares a su ex secretaria May Reis, y 5.000 dólares a sus amigas Norman y Hedda Rosten, para la educación de la hija de esta última: Patricia.

Esta es la distribución de bienes que hace Marilyn Monroe en su testamento. Ahora bien, vendiendo las joyas, los muebles, el coche y la villa de Brentwood, con hipoteca de 35.000 dólares, sumando las cantidades de todo lo vendido a los 4.000 dólares que le quedaban en el banco, apenas le alcanza para hacer efectivos los legados, pero no le alcanzaba para pagar a la Fox 500.000 dólares y las altas costas del juicio.

Decididamente, Marilyn Monroe no quiso volver a empezar de la nada, y peor que comenzó trabajando en la industria cinematográfica.

Muchos periodistas se han extrañado de que no dejara algo escrito « despidiéndose », y haciendo saber que se mataba de su propia mano. De haberlo redactado explicando, además, las causas, ¿no hubieran preferido ciertos sujetos que tienen por oficio pasarse de listos hacerlo desaparecer por considerar que su contenido liquidaba, moralmente, a altos personajes de la política y de las finanzas norteamericanas y evitaban un duro golpe al mundo autoritario que representan? Es sintomático el hecho que tanto el médico forense como las autoridades de Los Angeles, sin encontrar recado alguno, declaran en seguida, con prisa, al día siguiente de fallecer Marilyn, que ésta se suicidó y que posiblemente nunca serán aclaradas las causas de su muerte. Con esta declaración se proyectaron, y nos dieron a entender que preferirían que jamás se aclararan.

Dada la sensibilidad humanística de Marilyn Monroe es de creer que murió con la esperanza de que se conocieran, descarnadamente, las causas de su suicidio para que contribuyan a evitar que mientras exista el mundo autoritario frívolo, victoristas personas sufran lo que ella padeció. Pero cioso, grosero, violento, egoísta, inhumano, el mundo cultivador del odio y de la guerra entre los hombres y los pueblos, el mundo de la iniquidad que la obligó a destruirse, continuarán siendo víctimas del mismo millones y más millones de seres humanos que también, como Marilyn, desean ser mejores y más felices.

¡Cuán justificado está que los libertarios usemos la pluma como firme e insobornable piqueta demolidora del mundo autoritario! Y por los mismos sentimientos de sociabilidad y de solidaridad humana teníamos que poner de relieve, propagar a los cuatro vientos, el contenido del mudo mensaje humano de Marilyn que el precitado mundo vil pretendió enterrar con su cuerpo. Es la conciencia universal la que acusa y condena a sus asesinos psicológicos.

Estamos al lado de los que no pueden defenderse y de los caídos frente a los poderosos, contra los autoritarios que tan mal uso hacen del poder político-religioso y del dinero. No podíamos callar

que éstos torturaron mentalmente, con crueldad inaudita, a la mujer llamada Norma Jean Baker (Marilyn Monroe). Y no se conmovieron viéndola angustiada, sufrir y morir sola : sin familia, sin amigos, sin los hijos que perdió, o que no pudo tener, por desgracia, pero a los que empezó a amar en su seno, con ternura de madre, soñando tenerlos en sus brazos ansiosos de dar seguridad a pedazos de su ser, de prodigar cuidados y afectos que jamás recibió ella y obtener, más tarde, su amor limpio, sincero y generoso, que murió sin llegarle a ser.

El mismo testamento de Marilyn Monroe nos habla de ese amor puro, noble, elevado, que sentía por los niños y por todos sus semejantes. Iba a morir y la preocupaba el futuro de una niña : legó lo que pudo para la educación de Patricia, la hijita de su amiga. Es el símbolo de lo que deseaba para ella y para los demás : superación moral, más que intelectual, de un niño, de todos los niños, de todas las mujeres y de todos los hombres del mundo. Gran sentido humano, sublime, aleccionador tiene el acto de legar en beneficio de ciertas personas adultas necesitadas, de una niña y de instituciones psiquiátricas. Decididamente, nadie puede atreverse a decir que Marilyn Monroe no estaba en sus cabales.

En la prensa política, religiosa y comercial de todos los pueblos del mundo comentan mil aspectos superficiales y anodinos de la vida de la «estrella» desaparecida, rozando, apenas, uno que otro detalle humano de la misma, de su simpática personalidad, pero hacen silencio alrededor de los datos psicológicos esenciales que nos los ofreció, espontáneamente, con naturalidad, como diciendo : éstos reflejan a la verdadera Marilyn Monroe. Nosotros los comentamos porque expresan, realmente, la verdad sobre el porqué se suicidó y descubren su estructura psicológica humanísima, la que entre todos los representantes del autoritarismo trataron de destruir, despiadadamente. Y no comentan lo más digno de comentar, porque condena, con lógica irrefragable, con justa y sobrada razón, al mundo sucio, despótico y feo que no admite Belleza sin mancha, al mundo que representan que la hacía pasto de su codicia y de su malignidad.

El mundo autoritario, que con tantas vidas humanas acaba, prematuramente aplastó a la hermosa y sensible Marilyn Monroe, que quería ser una buena mujer, que ambicionaba, más que nada en el mundo, que por la consideraran los que la rodeaban. Sin conseguirlo fue a parar a donde la arrastraron sus asesinos psicológicos : a la fría mesa del depósito mortuario y al cementerio por último... Esto lo permitieron los representantes de la « ley del orden » después de convencerlos la autopsia anatómica y la psiquiátrica, que estaban en presencia de uno de los innumerables crímenes psicológicos perfectos que, cometidos por la sociedad autoritaria, han de quedar impunes, sin aclarar. Las leyes de ésta impiden perseguir y condenar a los que cometen asesinatos individuales y colectivos — las guerras — en nombre

de los negocios legalizados, de la deshumanizada ética comercial establecida, de los intereses económicos del patrón, de la empresa, de la compañía, etc., o del Estado.

Preferirle es huir con sano juicio, sabiendo porqué se huye, sin prisa, serenamente, como Marilyn, dejando a los que continúan viviendo los juzguen sus propias conciencias, que suicidarse a causa de un desvarío, de un instante de enajenación o por ser un enfermo mental. Abundan los ejemplos de personas buenas y sensatas que, con o sin dinero abundante, se arrebatan la vida asqueadas de vivir en este mundo inmoral. No careciendo de salud ni de dinero Stefan Zweig, eminente escritor humanista, de fama universal, se arrebató la existencia. El malogrado amigo y compañero Alejandro Barkman, autor del libro « El mito bolchevique — que suerte tuvo de salir ileso de Rusia habiendo combatido al régimen dictatorial — pluma libertaria conocida internacionalmente, en Niza, bella ciudad francesa, junto al Mediterráneo, con un balazo se quitó la vida para no ser carga económica para los demás. Y hoy, Marilyn Monroe, joven, rica, hermosa y popular se mató por no poder soportar la carga de sufrimientos morales, de ansiedades y angustias, de decepciones afectivas de todas las clases.

Actualmente, pese al mal ambiente que se respira por doquier, muchos de los sujetos más desdichados, que más infelices se sienten, por equis causa, que poco les importa vivir o no, que se sienten arrastrados al suicidio podrían salvarse como también evitarse que un gran número de los mismos contraigan enfermedades mentales de origen social y psicológico. Rodeados por familiares comprensivos o por personas vinculadas o no por la consanguinidad, pero considerándose unidos a sus semejantes para la ayuda mutua y la defensa común, unos no se autodestruirían y en otros no se alterarían sus funciones superiores, y escaparían a los padecimientos mentales.

En un mundo libre y solidario, justo y equitativo, el ser humano normal, viviendo entre semejantes sociables, no pensará, jamás, quitarse la vida.

FLOREAL OCANA

«Ni temo al poderoso

Ni al rico lisonjero,

Ni soy camaleón del que gobierna.

Ni me tiene envidioso

La ambición y deseo

De ajena gloria ni de fama eterna.»

Historia de España

Lo que fue la restauración borbónica

LA memoria es flaca, sobre todo si también lo es la voluntad, y el recuerdo de los agravios lejanos se borra en el dolor de las horas presentes. Lo del clavo ardiendo del naufrago se aplica lo mismo a las tragedias del océano que a las políticas y sociales. Hay momentos en que lo que ante todo piden millones de seres humanos es que haya paz, aunque sea una paz infecta. Es la hora de los sedantes, de los emolientes, de los ungüentos blandos y suaves, de las panaceas pacifistas. Lo que los pueblos anhelan en esa hora es descansar, dormir. Ya nadie cree — nadie lo proclama, al menos — que el espíritu se forja en las luchas sociales, en las luchas religiosas, en las luchas de pueblos, en las luchas de razas, y es un hijo de la guerra purificadora y creadora. Unánimemente se abomina del bisturi y del « forceps » y se desea entrar en convalecencia sosegada, aunque se confunda con la agonía. De todas las voluntades débiles, de todas las energías laxas, de todos los pechos angustiados, de todas las pacatas conciencias en penumbra, de todas las ciudadanías en dispersión, sube un clamor inmenso : « ¡Paz! ¡Orden! Es la hora crepuscular, la hora crepuscular, la hora de los espectros y de las Restauraciones. Los Estuardos vuelven a Inglaterra en esa hora en el ambiente tibio de la paz poblado de miasmas y los Borbones a Francia, y a España. Es la hora de los jacobitas y de los alfonsoinos, de la bandera blanca y de la flor de lis.

¡Remember! es preciso gritar a los desmemoriados. La paz, sí, pero no la paz nauseabunda. La violencia, no, pero tampoco la corrupción. Ni la camisa de fuerza ni el narcótico. Ni el patíbulo, ni la campana neumática. Ni el verdugo, ni el enterrador. La paz y el orden, pero con la justicia y la libertad.

..

Corría el año de 1874. Ya había caído la República de febrero, pero aún no había sido restaurada la Monarquía. Continuaba la guerra civil en el Norte. « Sólo la monarquía constitucional — decía desde Inglaterra el príncipe Alfonso, ya en vísperas de ser proclamado rey — puede poner término a la opresión, a la incertidumbre y a las crueles perturbaciones sufridas por España. » « Huérfana la nación ahora de todo derecho público, e indefinidamente privada de sus libertades,

natural es que vuelva los ojos a su acostumbrado derecho constitucional y a aquellas libres instituciones que ni en 1912 le impidieron defender su independencia ni acabar en 1840 otra empeñada guerra civil. » « Afortunadamente, la monarquía hereditaria y constitucional posee en sus principios la necesaria flexibilidad y cuantas condiciones de acierto hacen falta para que todos los problemas que traiga consigo su restablecimiento sean resueltos de conformidad con los votos y la conciencia de la nación. » ¿No parece estar oyendo a los monárquicos que se incorporaron a Franco esperando poder hacer de él un instrumento para sus fines? No son sino las mismas palabras, las mismas ideas.

Quien así hablaba no era el joven príncipe Alfonso; era el viejo y escéptico Cánovas. Cánovas había sido en su mocedad un revolucionario a su modo. No en vano fué el autor del célebre Manifiesto de Manzanares. En su « Historia de la decadencia de España desde Felipe III a Carlos II » señalaba como causas de la misma « la exageración del principio religioso y la filosofía ergotizante tan bien aunada con ella, bastante a originar males capaces de trastornar cualquier grandeza de monarquía »; « la parálisis de las ciencias y su muerte lenta, pero completa, mientras todas las naciones de Europa, al calor de las disputas y la libertad de pensamiento y de controversia, nacían ideas fecundas, animaban descubrimientos útiles y desarrollábase, lozana y gloriosamente el pensamiento humano »; « el espíritu de obediencia pasiva y de resignación fatalista a cuanto parecía disposición del cielo que encadenó aquella voluntad poderosa que ante todo estorbo la hallaba leve y toda resistencia desproporcionada a sus fuerzas. » Y al flagelar a los reyes y a sus validos se lamentaba de no tener la pluma con que pintó Tácito la vileza de los emperadores y la decadencia de la virtud romana. Pero los años y la experiencia hicieron de Cánovas un escéptico y un pesimista. Ya en el « Bosquejo histórico de la Casa de Austria », que escribió después de participar en sucesos revolucionarios y de ser ministro, decía : « Malos fueron los últimos reyes de la dinastía austriaca; pero, por ventura, ¿era mejor que ellos la nación que gobernaban? » « El pecado, el gran pecado de nuestra Historia no es individual, sino nacional, y eso se ve en que, desdichadamente, existe aún y ha sobrevivido a tantísimas mudanzas y revoluciones. » Y en « El Solitario y su tiem-

po », que escribe y publica cuando tiene ya tal fama de sabio que sus contemporáneos le apellidan « el monstruo », atribuye a la tierra y a sus habitantes en general la inferioridad en que España se halla respecto a los demás pueblos.

Cuando Martínez Campos, impaciente, dió el golpe de Sagunto, Cánovas experimentó la mayor contrariedad. Apelar a la violencia era desbaratar los planes del viejo político, que deseaba tener por únicos colaboradores la fatiga y el cansancio del país, a fin de poder contar, no sólo con los monárquicos de don Alfonso, sino también con los desengañados del carlismo y los desilusionados de la República. Era preciso concluir con toda rebeldía aun a costa de suprimir todo entusiasmo. La Restauración debía ser, ante todo, la paz aunque fuese la paz de los sepulcros. El propósito de Cánovas, que había llegado a tener la idea más pobre de los españoles — son españoles, decía, comentando en chunga el Código civil, los que no pueden ser otra cosa — era organizar una tribu en forma de Estado mediante un simulacro de vida política. Tal empresa implicaba necesariamente el sacrificio del orden público, el sacrificio del derecho a la legalidad, y Cánovas no vaciló en ofrendar a la constitución política externa la espiritualidad de la nación. A las violencias de Orovio con los profesores liberales y a la expulsión de Ruiz Zorrilla sucedió, no tardando mucho, una corruptora tolerancia. Tras las fracasadas conspiraciones republicanas, la amnistía más o menos generosa. Luego, el macabro Pacto de El Pardo. La política en España ya no será más pasión, como en los días de las guerras civiles y de las luchas revolucionarias, sino artificio, convencionalismo, un grotesco remedo de la vida parlamentaria de los grandes pueblos europeos. Ya no habrá más violento choque de principios y de ideas, sino acomodo, mixtificación de ideas y de principios. En el pacífico turno de los partidos, bajo la común legalidad constitucional, intangible, las luchas políticas de otros tiempos, brutales de encino, pero fecundas, porque sacudían las raíces de la vida civil, se constituirán en vanos simulacros. En esta apariencia de vida política se consume y esteriliza la energía nacional. Las capacidades son eliminadas o aplastadas por las dos grandes ruedas oligárquicas. Se hace el vacío o la opinión. El entusiasmo muere por asfixia. Las raíces de la vida civil se secan. No hay si no la sombra de la legalidad, una sombra de autoridad y de gobierno.

No siempre tuvo Cánovas colaboradores inteligentes y eficaces en su obra de destrucción del espíritu nacional. El ministro de Fomento, Orovio, cometió la imprudencia de expulsar de sus cátedras a los profesores liberales, y entre ellos a algunos tan insignes como Giner de los Ríos, y Azcarate. Se produjo un pequeño escándalo y el mal fué remediado — mejor dicho, el error fué subsanado — por Albareda, blando y simpático ministro liberal. No era conveniente arrojar a los hombres eminentes de sus cátedras; era preferible impedirles llegar a ellas. Bastaba, para conseguirlo, amañar los tribunales cuando la oposición era in-

evitable y utilizar los concursos para recompensar a los aspirantes más analfabetos. Así se logró impedir que fuesen catedráticos hombres como Costa, el gran jurisconsulto y como Alfredo Calderón, discípulo predilecto de Don Francisco Giner. Hasta un canónigo, profesor del « Sacro Monte » de Granada, fué rechazado en una oposición por « darwinista ». Fueron, en cambio, profesores de Universidad majaderos que escandalizaban a los alumnos con su ignorancia y con su ineptia. Un profesor de Metafísica refutaba el darwinismo de este modo : « De donde no lo hay no puede salir; es así que el mono no tiene inteligencia, luego del mono no puede salir el hombre, que tiene inteligencia »: (« ¡A veces! », interrumpió un alumno). Y cierto profesor de Derecho Civil, al hablar del origen y fundamento de la propiedad comentaba el comunismo de esta guisa : « El comunismo dice : A cada cual según sus necesidades; luego el glotón está de enhorabuena. » Hemos conocido a un profesor de Historia que la daba por concluida con la última página de César Cantú, y a otro de Procedimientos Judiciales tan rematadamente loco que recitaba — muy mal, por cierto — versos de Horacio en vez de explicar la Ley de Enjuiciamiento. En cuanto a la instrucción primaria, bastaba hacerla objeto del más bárbaro desprecio. Don Manuel Cossío reveló hacia 1901 estadísticas espantosas : el Estado español gastaba en instrucción primaria menos que el municipio de Nueva York, y en bandas de música para los batallones de cazadores más que en material científico para todas las Universidades del Reino. Muchos años después decía Santiago Alba, siendo ministro del Ramo, que si fuese conocido por la opinión pública el estado de atraso de la instrucción pública en España, se levantaría en el país un alarido inmenso. Entretanto, Dorado Montero, el insigne profesor de Salamanca, era molestado y aun vejado por el obispo de la diócesis, inspector de la enseñanza en su jurisdicción, según el Concordato. Y era declarado pecado el liberalismo por el Padre Montaña, preceptor del rey. El catecismo del Padre Astete, cuyo estudio alternaban los españoles con el Código Civil, era el único libro que alcanzaba ediciones por millares, enriqueciéndose a editores y libreros. Galdós inmortalizó esta mojigatería en páginas que son a la vez un monumento a las letras y a la Historia de España.

El mismo desdén que por la instrucción pública sentían los hombres de la Restauración por la justicia. La magistratura española no fué nunca ciertamente, de las más venales, pero fué siempre de las más reaccionarias. Y si abundaban en ella los funcionarios serviles, no faltaban tampoco los incompetentes. Ni era, aun en su parte más sana, lo suficientemente austera para arrojar de su seno a los miembros podridos que eran para ella un motivo de deshonor y debían serlo igualmente de vergüenza. Los gobiernos de la Restauración disponían de los siguientes recursos para tener sometida a la magistratura : los traslados voluntarios, que eran utilizados como un favor del poder público para servir y complacer a los amigos: los

traslados forzosos, uno de los procedimientos de castigo más usuales; los ascensos de gracia, que los ministros podían conceder con arreglo a la Ley Orgánica y mediante los cuales se hacían las más rápidas carreras, pues había funcionarios judiciales que recibían un ascenso cada dos años; el famoso cuarto turno, por el que entraban en la magistratura de modo más o menos furtivo, los paniaguados de los políticos. Así se montaban los Juzgados al servicio de los caciques y se componían las Salas de las Audiencias y del Tribunal Supremo. Había magistrados de Montero Ríos, de Gamazo, de Lacierva, de García Prieto — y otros patronos igualmente influyentes. Los litigantes no discutían sus asuntos al amparo de las togas, sino al de las casacas ministeriales. Ni la consecuencia ni la moralidad, ni el decoro entraban por mucho en las combinaciones judiciales que publicaba la « Gaceta ». Y el bagaje reaccionario era antes una ventaja que una impedimenta. La República, a su advenimiento, se encontró con magistrados que llevaban pendones y estandartes en las procesiones y se dedicaban a organizar cofradías y a presidir centros y casinos donde se cobijaban los elementos tradicionalistas con otros tan inmorales que retenían en sus manos las cantidades, procedentes de consignaciones, destinadas a indemnizar al erario público, tomaban dinero por sentenciar pleitos o recibían dádivas so pretexto de que eran para gratificar a los auxiliares; con algunos tan incompetentes como cierto juez que dictó auto de procesamiento contra un fallecido a los efectos de la responsabilidad civil; y con otros tan grotescos como cierto magistrado que iba diariamente al mercado a hacer la compra con una cesta y se presentaba todas las mañanas en la Audiencia con una cabra. Y aún pusieron el grito en el cielo los defensores de la « jurisdicción » cuando la República jubiló forzosamente a

estos funcionarios, como si se tratara de un atentado a la independencia judicial.

A la Monarquía sólo le interesaba el ejército. Un ejército de oficiales, jefes y generales adictos. La eficiencia militar era lo de menos. De aquí las promociones escandalosas, según el ejemplo deplorables de las guerras civiles y de las sublevaciones de antaño. En 1840, a la terminación de la guerra civil de los siete años, había en España 5 capitanes generales, 50 tenientes generales, 155 mariscales de campo y 352 brigadieres. En los tres años escasos de gobierno Espartero se aumentó el Estado Mayor General del Ejército en 1 capitán general, 3 tenientes generales, 18 mariscales de campo y 41 brigadieres. Durante los once años de dominación moderada hubo las promociones siguientes: 5 capitanes generales, 53 tenientes generales, 153 mariscales de campo y 349 brigadieres. Después de la sublevación de Vicalvaro y sólo en tres meses, de julio a octubre de 1854, la nueva situación hizo 2 capitanes generales, 12 tenientes generales, 23 mariscales de campo e igual número de brigadieres. En 1869 decía Castelar que pagábamos a nuestros 500 generales inútiles — había 600 y sólo 100 figuraban en servicio activo — el doble que a nuestra instrucción pública. Y la Restauración no sólo no remedió el mal, sino que lo agravó. Después de las guerras coloniales tenía España más oficiales generales que en 1895, cuando, además del de la Península, había los tres ejércitos de Ultramar. Y en vísperas de la sublevación de Primo de Rivera se hallaban al frente del ejército español, un ejército sin soldados y sin material de guerra, cerca de 20.000 oficiales y jefes y 775 generales. La Monarquía española era de largo tiempo un inválido que sólo podía andar sobre bayonetas.

ALVARO DE ALBORNOZ

LINEAS DE HUMOR

VENGANZA DE LOS PEATONES

En Nueva York, como en todas las grandes ciudades, hay cada día más accidentes de circulación. Y, como en todas las grandes ciudades, los automovilistas echan la culpa a los peatones y éstos a los automovilistas.

Las historietas que nacen responden también a esa lucha entre los dos bloques. Y he aquí una inventada por el ejército peatón.

Un hombre, precavido y prudente, decide coger un seguro de vida. Y, a ese efecto, se dirige a una compañía especializada.

—¿Tiene usted un avión privado? —le pregunta el empleado.

—No, señor.

—¿Tiene usted auto?

—No, señor.

—¿Posee al menos moto, o bicicleta?

—Tampoco. Carezco de todo vehículo de locomoción.

Y el empleado responde, con firmeza:

—Lo lamento. No aseguramos peatones; es demasiado peligroso.

La estela imborrable

GIRA la hélice; abre la proa como un surco en el mar en calma. Y a la par que la nave avanza, queda tras ella como una faja blanca; estela espumante en la inquieta superficie azul. Mas, la huella del buque va desvaneciéndose con el oleaje incesante. En la noche serena, poblada de estrellas, un lucero, raudo como una exhalación, ha trazado una curva en el espacio infinito. Con su paso ha dejado como un rastro de luz; tenue franja rojiza en el fondo oscuro del cielo. Pero, al poco, con la estrella fugaz ha desaparecido también el sendero de luz.

Han pasado años; se han sucedido los acontecimientos de una y de otra naturaleza. La acción del vivir va marcando en lo físico el trazo de la acción del tiempo que presiona en los seres todos. Han pasado unos años, pero queda como una estela de recuerdos; queda como una huella indeleble en la mente; huella que parte del año 1936 y de aquella fecha que la historia guardará como ejemplo, como destacado hito en los anales de la emancipación humana.

Como una estela imborrable, queda y quedará en las conciencias, en el recuerdo de cuantos vivieron el periodo de una magnífica etapa de positiva transformación social, lo que se hizo y lo que se amó. Al pensar en ello, acuden a la imaginación multiplicidad de imágenes; cruzan como cinta cinematográfica; plasman en el pensamiento, una y otra vez, al conjuro de la evacuación, cuantas realizaciones alcanzaron valor y aprecio en aquella España de julio del 36.

Pero, a poco que meditemos, comprenderemos que no basta que en el recuerdo quede perenne lo que se hizo, lo que se admiró, lo que fué amasado con la sangre del sacrificio y con el sudor del esfuerzo. No basta avivar en el fondo de cada uno el afecto hacia el ayer. Poca cosa es vivir tan sólo del recuerdo; dejar vagar la imaginación en torno a lo que se hizo y de lo que se pudo hacer; de lo que, un mañana más o menos lejano puede depararnos, valorizándolo con la experiencia vivida. Sentir de este modo es justo, es lógico, es necesario, pero queda algo de mayor consistencia para realizar.

Hemos de procurar proceder de tal manera que en el ambiente donde nos desenvolvemos sea apreciado lo que fué digno de la máxima estima. Hagamos lo pertinente para que sea conocido y despierte simpatía lo que entre todos hicimos; que por su cuenta puedan juzgar lo que merece ser explicado a tantos y tantos que lo desconocen. Hemos de afinar en las conciencias lo que fué nuestra manera de vivir, al margen de los órganos de explotación y coacción. Y hemos de poner en las



descripciones el entusiasmo y la fe que pusimos en realizarlo. Para que los demás sientan, para que los demás se emocionen, hemos de sentir y hemos de emocionarnos nosotros.

De poner cariño y entusiasmo en la divulgación de ideas libertarias, valoradas por hechos comprobados, nuestra concepción de la vida es verosímil que toma arraigo en la conciencia de quienes ahora nos desconocen — ¡y son tantos! — pero que poseen sensibilidad tan depurada como pueda ser la nuestra. Si sabemos, con afecto, con convicción, comunicar a otros nuestro sentir, fructificará nuestra idealidad en otras conciencias, dejando huella. No será ésta como la estela que deja el buque sobre la superficie del mar; no será como la cinta rojiza que deja en el espacio inmenso la estrella fugaz, señales éstas que presto se desvanecen.

Bien que entre nosotros comentemos lo pasado; bien está que analicemos lo que hicimos, examinando cualidades que fueron acicate, y defectos que, por serlo, defraudaron. Pero lo fundamental estriba en explicar lo que en España se hizo. En Europa, en América. En Africa, donde quiera haya compañeros, hermanos en la acción que se emprendió en el 36, es aconsejable que al convivir con gentes de distintas costumbres e idioma, divulguemos lo que amplía divulgación merece.

Explicuemos cómo, con miras a facilitar el desenvolvimiento de las nuevas generaciones, en un margen de comprensión y de espíritu libre, se dieron nuevos rumbos a la Pedagogía. Se unieron, en una síntesis magnífica, ideas de Ferrer, Montessori, Decroly y otros educadores a quienes el problema de la infancia ha preocupado de un modo concienzudo.

Hagamos ver la forma con la que procuró dar carácter de realidad a una concepción del Arte,

todo belleza y sentido popular. Se quiso plasmar en el ambiente aquel criterio que tenía Wagner al manifestar que Arte y Pueblo florecen juntos.

Demostremos cómo no es una utopía el poder vivir sin dinero; el trabajar sin el parasitismo patronal; el producto en común en un ambiente fraterno. Ensayos, experimentaciones de toda suerte: colectivizaciones, comunidades, etc. Hechos comprobados que abonan la posibilidad de un comunismo libertario.

Digamos también que se emprendió una campaña en pro de una nueva moral sexual, rompiendo el dogal arcaico de lo bendecido por la Iglesia, de lo establecido por costumbres anacrónicas. Se hizo uso corriente la unión libre, y hacia el amor libre tomó rumbo la juventud.

Pongamos de relieve el apoyo, el impulso que se dio a las conciencias en general, creando laboratorios de experimentación, buscando el mejoramiento, la perfección y ampliación del material científico. Se puso la ciencia al servicio del progreso, de la superación humana.

Relatemos lo que se llevó a término en el orden cultural: conferencias, cursos de capacitación al alcance de todos; difusión de publicaciones; lucha contra toda forma de atraso mental. Se buscó, en suma, arraigar en los hechos el conocido axioma: « Mens sana in corpore sano ».

Realicemos el ímpetu revolucionario, el heroísmo de las milicias al bregar, en los frentes de combate, contra el fascismo acuciado por el ca-

pitalismo internacional. Heroísmo que permitió por espacio de meses y meses, el que en la retaguardia se encauzara lo fundamental para crear una sociedad nueva y libre de coyundas.

Enseñemos cómo, al desbordarse los acontecimientos, hubo que improvisar con premura. No puede exigirse gran perfección a lo que no ha podido alcanzar madurez, a lo que tropieza con obstáculos, a lo que choca con los sabidos imponderables.

Y afirmemos también que nada nuevo se ha dicho o se puede decir al criticar desviaciones, aspectos deficientes; aberraciones cometidas en el periodo de convulsión del 36. Ha de evidenciarse, para conocimiento de propios y extraños, que dentro del marco de toda la acción revolucionaria, desarrollóse una sana tendencia de crítica constructiva, sin regatear la censura a todo lo que se consideraba deleznable, pernicioso, contraproducente. Creíamos en la libertad, y libremente se manifestaba cada criterio.

Si con esfuerzo tesonero, si con serenidad e inteligencia, divulgamos por doquier todas esas cosas, haremos como el sembrador que arroja la semilla para que un día fructifique. Explicando, difundiendo todo ese conjunto de ideas, de un sentido ampliamente libertario, laboraremos, del modo más eficaz en pro de un sistema de convivencia social que abra, con el ejemplo de ayer, el nuevo horizonte de un futuro esplendente.

FONTAURA

NO es lo peor de la tiranía lo que esclaviza y empobrece, sino lo que embrutece y degrada, porque solamente es posible esclavizar los cuerpos luego de empuqueñecer y prostituir los espíritus.

Notorio es el afán de los déspotas de envilecer y sumir a los pueblos en la ignorancia para dominarlos, afán expresado en francés arcaico por De la Boetie: « Cette ruse des tyrans d'abestir leurs subjects ne se peut cognoistre plus clairement. »

No es sólo en los tiempos llamados bárbaros cuando comete sus salvajismos el poder de los déspotas. Alemania es la opresión guerrera en los últimos siglos. La monarquía francesa fué el reinado de las cortesanas, y la española, la de los favoritos y sus camarillas. Los más irreconciliables enemigos de la democracia, pese a sus enamoramientos enfermizos del pasado, no quisieran volver a los tiempos en que la justicia se hallaba en el filo del hacha de Juan Diente, y en que se llevaba a la hoguera a todo ser humano que se permitía cometer el « horrendo, para ellos, delito de pensar. »

Llámesese monárquico a republicano, el poder déspotico no tiene defensa; es la ayuda a los fuertes contra los débiles, la legalización de la explotación de unos hombres por otros y, singularmente, la negación de un instinto, el de la libertad, que — según una frase célebre — es tan necesaria a los hombres en sociedad como el aire a los pulmones, y, según escribió Lamennais, « es el

TRAS LA CUMBRE

pan que los pueblos tienen que ganar con el sudor de su frente. »

No se puede menos de justificar la airada protesta de quienes ven, indignados, anulada su personalidad y la de sus hermanos, y a merced de un déspota, de un simple esbirro o guardia pretoriana el pan de sus hijos, la tranquilidad y seguridad de su hogar, y él mismo expuesto a ser denunciado y enjuiciado sin pruebas ni medios de defensa, amenazado con el destierro, el encarcelamiento y la muerte y, lo que es peor aún, con la pérdida del honor varonil.

Es preciso que la voluntad del hombre sea libre, como es libre todo el movimiento de las energías humanas, para que la flor se abra, perfume y se marche; para que el agua se deslice por los taludes de las montañas y vaya a engrosar el caudal de los ríos y a verterse en el mar; para que allí se evapore y se formen las nubes que vayan a fertilizar los campos. Es menester que haya libertad humana para que unas generaciones transmitan a las otras la antorcha de la vida, « quasi curores lamparae tradunt », y sea perdurable la labor regeneradora y purificadora que nos acerca al Ideal.

Negar la Libertad es desmentir nuestra propia existencia.

ANTONIO ZOZAYA

LA VIDA Y LOS LIBROS

EL VATICANO CONTRA EUROPA

NO nos cansaremos de repetir, cuando de enjuiciar y analizar a la religión se trata, que distinguimos en ésta la conjunción de dos fuerzas distintas: Religión como fuerza mundana, sin escrúpulos y sin piedad, y la religión receptora y acumuladora de fuerza espiritual, que por serlo no debería confundirse nunca con la otra.

De éstas, la mundana y especuladora, más se parece a una sociedad de malhechores que a una asociación de hombres. Edmond Paris analiza y juzga muy documentalmente al Vaticano en el aspecto último que mencionamos, tras cuyo juicio queda anulada por completo la parte espiritual que normalmente le debería caber a la religión católica. Descifra las actitudes de media docena de Papas contemporáneos, de tal forma y con tanta gravedad que es como si se dijera: Borgia eterno elevando su puñal y su veneno a la categoría de ciencia política.

Dice tantas cosas respecto de la culpabilidad criminal del Vaticano que por justicia, la más elemental, y por lógica, la más pura, uno llega a concluir en la necesidad de crear un tribunal internacional para juzgar si no a toda la alta jerarquía católica, si a los cincuenta curas que cita, a los treinta y siete obispos y cardenales y a los Papas que se han sucedido desde Pío 10 hasta Juan 23, que son los que han preparado, orientado y seguido las dos guerras mundiales.

El fascismo y el nazismo han sido criaturas, sobre todo del famoso y fatídico Pío 12. España, aunque no sea la parte que más ha preocupado al autor, también tiene su capítulo, sobre todo en la persona del fascista y perjuro cardenal Merry del Vall. No obstante no es en « Le Vatican contre l'Europe » en donde el español encontrará muchos detalles relacionados con España, es indispensable que a su lado se coloque con privilegiada plaza el de reciente aparición escrito en idioma catalán por el cura Comas.

« Le Vatican contre l'Europe » es un libro acusador con una serie de monografías que bajo el nombre de reverendos, de señorías y de excelencias, han dejado muy atrás al famoso Al Capone. Creíamos que cardenales como el hoy difunto Segura, no existían más que en Iberia, pero nos damos cuenta de que los hay de peor ralea. Uno de los más sobresalientes, desde luego, es el famoso Stepinac.

Par del desalmado Stepinac lo fué también el obispo de Aksamovik, dos buitres que eran la ma-

teria gris del verdugo Pavelich, de tan triste recuerdo para el pueblo yugoeslavo. La acción del catolicismo en la región de Croacia es un baldón para la humanidad. Los crímenes cometidos no sólo tenían como objetivo la exterminación de judíos sino que abarcaba también a los ortodoxos, esos con los que ahora quiere « unirse » Juan 23. Todo el que se resistía a la conversión y al bautismo católico era pasado por las armas. El triunvirato citado era el que dirigía tal política. Ayudantes principales de tales fieras eran los sacerdotes Irgolic, Lonacir, Pavunic, Mikan, Plic, Severivic, Sgrinjar y varios más. Estos y sus obispos, además de prelados eran parlamentarios. Aksamovic con su influencia cubría todos los atropellos cometidos en Croacia. Todo judío, ortodoxo, obrero de espíritu independiente, elemento liberal, etc., todo el que no era sumiso católico tenía sus días contados: o hijos de Dios o carne de fusiladero.

TRIPLE ALIANZA

Todo ello tiene su origen en la Triple Alianza. Episodio tras episodio no podía más que conducir a las catástrofes registradas.

Hay que leer al conde Sforza y también a Netlau para comprender cómo en las casas reales y en el Vaticano la cizaña era una especie de nuevo credo. Desde 1882, año en que se firmó dicha alianza entre los gobernantes de Alemania, de Austria y de Italia, los ejércitos de estos países no eran más que títeres manejados por el Papado. Titeres fueron no solamente los jefes de gobierno y los banqueros sino el propio emperador de Austria, Francisco José, individuo sin moral y sin carácter, preso y al servicio ciego del Papa Pío 10. Este fué elevado al Papado gracias a las intrigas del cardenal Puzyna, servidor de los poderes monárquicos de Austria-Hungría y enemigo del cardenal Rampolla, que era considerado como hombre que no podía escapar a la influencia del catolicismo francés. Esto, que en un organismo universal carecería de importancia, en el Vaticano tiene mucha por lo solidario que cada cardenalato nacional es con la política chauvinista de sus gobiernos. En aquella época, lo nacional era, bajo pretextos diversos, lo regular en cada ministerio.

Pío 10 fué coronado recordándole que era « padre de todos los príncipes y de todos los reyes, además de ser el árbitro del mundo ». Ironía y sarcasmo que se hace, burla burlando al don de palabra de los humanos. Ellos, los Papas, que más que nadie deberían respetar los preceptos religiosos de no jurar en vano, hacen declaraciones falsas, lanzan calificativos y dan consejos sin ánimo de seguirlos ellos mismos. En esta ocasión, ni

(1) « Le Vatican contre l'Europe », par Edmond Paris, Librairie Fischbacher, 33, rue de Seine, Paris.

nunca, el Papa no es, no puede ser, árbitro; no está, no estará jamás, contra el Poder.

Italia se incorporó a la triple alianza gracias a la presión del Vaticano. En realidad los imperios centrales de Alemania y Austria ya estaban aliados desde 1879.

Toda la política balcánica, sus ramificaciones, muchos crímenes y todas las discordias europeas, han sido, según París, orientadas e inspiradas por la gente de púrpura. Antes porque eran ortodoxos, después porque eran ateos, la idea de los Papas, de traer los rusos a su campo es el motivo principal de las guerras mundiales.

Mucho antes que el franquista Pío 12, Benito 15 ya decía: « Nuestra fuerza consiste en que haya discordia y confusión en hombres, pueblos y naciones. Cuando se confunde la política y la religión, el interés del Vaticano con el de la Iglesia y el de ésta con el interés general, es cuando mejor se obtiene que la política esté en nuestras manos. »

El anglicismo por un lado, la política laica de Francia por otro junto a la presión social que los pueblos de Italia y España ejercían sobre sus gobernantes, habían reducido muchísimo los caudales vaticanistas. La forma en que terminó la guerra del 14-18 fué nefasta para el Papado. Antes de la guerra el principal proveedor del Papa era el imperio austro-húngaro. Después del 18, poca cosa le quedaba. Al morir Benito 15, el año 22, el tesoro beato se pasaba de mediocre. Había que acabar con el estado de paz, paz relativa, pero paz, en que se había sumido a la carcomida Europa. Por los caminos de la paz, del sosiego, de la tranquilidad, adiós Vaticano, religión, divinidades y cie-
los. Adiós privilegios y farsas teológicas. La prepa-

ración del ascenso al Poder del Fascismo, después del Nazismo y el Franquismo, era una necesidad elemental para desencadenar una guerra más atroz que pudiera ser provechosa al catolicismo. Y, que la guerra del 39 al 45 ha terminado para provecho del Vaticano es ya una cosa indiscutible. No hay más que mirar el panorama político y social del mundo.

Pío 10 no desmintió jamás la afirmación del barón Ritter, representante de Baviera cerca de la Santa Sede, según la cual, « el Papa aprobaba que Austria ejerciese una tiranía y procediese a castigos severos — ya sabemos el alcance de estas palabras — contra Serbia ». Advertía el citado barón que « si Austria no se decidía entonces (1914), no sabía cuándo podría decidirse, pues los tiempos le eran favorables. »

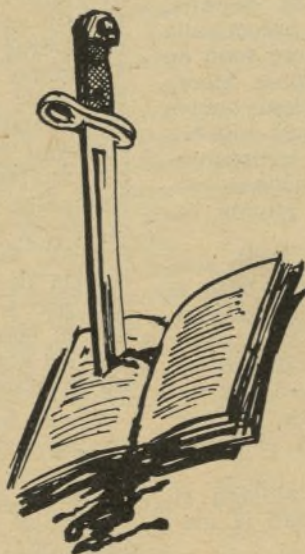
Sin embargo, a pesar de atizar a la guerra con apresuramiento y crueldad, cuando Pío 10 murió, sus fieles dijeron que era « de angustia al ver cómo los humanos se mataban mutuamente. »

A Pío 10 le sucedió Benito 15 alias el Papa alemán. Todo el esfuerzo del sujeto éste fué para intrigar, para dividir a las naciones aliadas, para impedir que Italia se aliara con Inglaterra y Francia y para obtener que América no interviniese. De acuerdo con Mgr. Pacelli, futuro Papa, entonces nuncio en Munich, cuando ya el 17 apercibieron la derrota del ejército alemán y con él el de Austria-Hungría, lanzaron la idea de « Paz Blanca ».

La primera guerra fué perdida por el Vaticano. Pío 11 se hace Papa el año 22. Perdida la primera había que preparar la segunda.

M. CELMA

(Continuará).



ALTO EJEMPLO:

El hombre vestido de gris

CUANDO John Steinbeck escribió «Las uvas de la ira», dio su dote de pecho. Probablemente —y en literatura, como en todo, el vaticinio es arriesgado— no escribirá otra novela que la supere en brio, en intensidad ni en descarnado dramatismo.

El premio nobel es un premio importante, aunque su importancia nos parecerá algo menor como singularización de un escritor, si se analizan las circunstancias en que se discierne, las necesarias limitaciones idiomáticas del jurado que debe otorgarlo, y la lista de los premiados desde su fundación. A pesar de todo es el único premio universal, goza del máximo prestigio y no puede regateársele la primacía. A Steinbeck se lo han concedido a los sesenta años, edad alrededor de la cual suele terminar la carrera de los novelistas.

Hemingway tenía aproximadamente la misma edad cuando disparó su rifle con certera y fácil puntería. Como novelista estaba acabado, no quería verse acabar como hombre.

La cortedad del período creador de los novelistas ha sido poco estudiada y, sin embargo, es evidente. Podrán alegarse cuantas salvaduras se deseen, podrá hacerse una lista de excepciones, pero no se conseguirá más que eso: una larga lista de excepciones.

Lo cierto es que las novelas se escriben enciñón novelística —la más creación entre las sesenta, lo cual permite suponer que la create los treinta o treinta y cinco años y los creaciones— está ligada a un fenómeno vital. Nada como la novela, ni siquiera el teatro, da origen a auténticos seres humanos. La poesía, la música, la pintura y la escultura discurren por distintos cauces, requieren otro género de potencia creadora y pueden desarrollarse plenamente fuera de aquellos límites de edad.

¿Significa lo dicho que el novelista, a los sesenta años, termina su trayectoria de escritor? No; lo que en él merman son sus facultades para la creación de hombres y mujeres vivos, reales, que surgen de su imaginación, es decir de auténticos personajes novelescos. Le quedan por recorrer amplios campos donde todavía pueden dar rendimientos notables. He comenzado hablando de John Steinbeck y a él volveremos, porque precisamente nos servirá de valioso ejemplo.

En estos días en que la adjudicación del premio Nobel le ha hecho remontar bastantes escalones en la popularidad, una revista ha publicado un reportaje suyo en que se aborda el problema de la discriminación racial en los Estados sureños.

El relato, escrito en forma desgarrada y directa, sobre un tema ingrato y casi diría repugnante, es, a mi juicio, digno de figurar en la más exigente de las antologías. El escritor, que escribe en primera persona, acompañado de su perro, se dirige en coche a Nueva Orleans, agitada por la fiebre segregacionista. Steinbeck describe lo que ve, lo que le dicen, lo que oye; sólo de cuando en cuando intercala recuerdos o consideraciones relacionados con lo dramático del momento o con la tensión exaccional en que se halla. En este breve relato o reportaje aparece un hombre vestido de gris que los lectores no olvidarán nunca. Y para describirlo, para explicarlo, para producir tan enorme impacto, no emplea más de un centenar de palabras.

En Nueva Orleans, frente a una escuela, se reúne cada mañana una agresiva muchedumbre para jalearse a un grupo de arpias que se desgañitan escarneciendo o insultando con palabras «repugnantes, obscenas e innobles» a una negrita que, acompañada por un piquete de policías, asiste regularmente a las clases. La multitud ruje, amenaza, injuria; pero unas barricadas y un cordón de guardias la contiene.

También un niño blanco acude a la misma escuela. Al niño blanco, cohibido y aterrizado, le acompaña su padre. A su paso, los denuestos arrecian, se embravecen.

Steinbeck sólo nos dice que es un hombre alto, delgado, vestido de gris claro, que está pálido y que mira fijamente hacia el suelo; lleva a su hijo de la mano y está terriblemente acobardado, pero también terriblemente resuelto. Hay un instante en que aprieta el paso, pero en seguida domina ese impulso de huida y recobra la cadencia normal. La escena se repite todos los días, y el padre que lleva a su hijo cogido de la mano no ignora lo que les ocurriría si se rompiera el cordón policiaco.

Nunca sabremos el nombre de ese ciudadano vestido de gris, pero gracias al sexagenario Steinbeck, el que quizá no escriba más buenas novelas, un ser, no de ficción, sino de carne y hueso, puede servirnos de alto ejemplo y, en cierta medida, descargarnos de la vergüenza que como hombres y como blancos venía apoderándose de nosotros desde que comenzamos a leer el relato.

LUIS ROMERO

MORIR AL ALBA

I

Coloquio a bordo

—Yo he nacido en un país demasiado pródigo en sinsabores como para no poder sustraerme a la idea de que la vida es un tóxico que apuramos, con repugnancia y sorbo a sorbo, desde la cuna a la tumba.

Guardó silencio el viajero. Y su mirada de joven aguilucho en duelo con el fusil cazador del orden social, clavóse en los picachos ingentes de la costa melillense, tan lejana todavía como lejano se nos antoja a los pesimistas por deducción histórica, el horizonte, imaginativamente entrevisto, del pueblo que nos vió nacer.

—Antes de una hora estaremos en el puerto —dijo el otro viajero, como pretendiendo dar una respuesta interpretativa al vagar inquieto de la mira de su acompañante.

Amador Antino, nada contestó. Su mirada estaba fija como dos focos en una mole de roca granítica que descollaba sobre la costa, coronando el puerto. El brillo creciente del alba, en su despezo gentil, iba serpenteando el contorno de ráfagas luminosas. Verde llama. Llama verde. Y la mole granítica, vista desde el barco y nimbada por la luz matutina, también parecía balancearse como un navío sobre un océano somnoliento. El momento era sublime. La vida renacía con la luz. El preñado de la noche había sido, una vez más, positivo, puesto que él nos premiaba con un amanecer rebotante de promesas.

—Solamente —pensó para sus adentros Amador Antino— este fenómeno maravilloso nada puede enseñarnos a nosotros, hombres. La naturaleza es su medio natural. Pero su condición, la condición humana, es muy otra. Muy otra, sin duda, su destino.

—Es lo que llamamos Melilla la Vieja —creyó oportuno decir Pepe José, su acompañante de circunstancia, quizá para sustraerlo al embeleso y al mutismo.

Creció de grado la curiosidad de Antino.

—¿Aquella roca erguida como un nido de cuervos y mordida a sus pies por el oleaje, es la anti-gua Melilla?

—Ciertamente —repuso Pepe José—. Esa fue la plaza fuerte de otrora.

—Ahí vinieron también a expiar condena más de un español.

—Sí... Melilla fue, tiempos atrás, lugar de secuestro y expiación para el delincuente.

—¡Qué temperamento el mío! —exclamó Antino—. Basta con posar mi mirada sobre una fortaleza u otro edificio cualquiera de pétreos muros

y ventanillos traga-luz, para que a mi mente acudan un tropel de siluetas cadavéricas (residuos malditos de una sociedad maldita ella también), cargadas de grillos y bebiendo, en la copa de su propio cuerpo martirizado, el cáliz de la amargura.

—Sin duda es usted un sentimental impenitente, como está de moda decir hoy.

—Soy un guiñapo humano.

—¿Se ignora? ¿Porque se ignora se desprecia? Quizá... En todo caso, su extremada juventud, si no lo justifica plenamente, le sirve al menos de poderoso atenuante. El alibi es bueno...

—Mi indulgencia no tiene límites. Ella me acoge a mi también bajo su benigna protección... Ello es indispensable para poder seguir subsistiendo, evidentemente. Sin embargo, ¿qué pensaría de un hombre, eterno trotamundos, que fuera por la vida cargado con un hermoso harpa y cuyas cuerdas permanecen mudas, eternamente mudas, a causa de la ineptitud del viajero para arrancarle las notas grandiosas, capaces de hacer vibrar al mundo?

—Diría que es un loco o un tonto.

—Pues, he ahí mi caso. Mi alma es un harpa. Una harpa donde vibran notas infinitas, capaces de inflamar todos los pechos... Pero, mis dedos son inaptos para mover las cuerdas de ese harpa maravillosa que yo llevo aquí dentro, en el alma.

—¿Quien sabe? Puede ser que un día...

—¡No, no! No habrá amanecer para mi noche. Esta será eterna. La luz estará en mí. Mi pecho será una fogata llameante... Pero mis pobres labios permanecerán mudos. En este país de espartacos con armadura y delirio de don Quijote, yo no tendré alba.

—Ya entramos en el puerto —dijo luego de un corto silencio, Pepe José.

—No, no habrá amanecer para mi noche —volvió a decir entre dientes el joven viajero. Y guardó silencio, en tanto su mirada reluciente como dos ascuas, recorría el contorno visible.

El vapor, efectivamente, se hallaba ya a la altura del morro y disminuía su marcha, adoptando un tilmo acompasado y grave. Y la multitud se agrupaba en el puerto en espera de su llegada. El sol mandaba ya sus cálidos rayos sobre el agua cristalina y la vieja Melilla mostraba ahora su perfil rugoso y descarnado. Los viajeros preparaban sus equipajes y los marineros sus amarras. A la calma soñadora de la travesía, sucedía ahora la febrilidad del abordaje. La hormiga humana sabía de sus hormigueras. El encanto quedó roto.

Pepe José no podía sustraerse a la curiosidad que el desconocido acababa de despertar en él con sus palabras desesperadas. Aquel hombre jo-

ven, de un aspecto mediocre y de rostro martirizado, no le revelaba novedad alguna. España, y África misma, están llenas de seres contrahechos y maltrechos por todo un cúmulo de circunstancias históricas y sociales sobre las cuales él estaba al cabo de la calle. Un pueblo depauperado y martirizado por la miseria, la tiranía y la más perfecta ignorancia, no puede producir seres humanos y sanos. Y si los produce, si el niño, al nacer tuvo la gran dicha de escapar a la herencia patológica paterna, ¿cómo evitar que la contribución social con todo su tributo de privaciones y sinsabores, no logre marcarlo con su huella fatal? No, eso es imposible. El hambre conduce al raquitismo. El raquitismo, generador de raquitismo, sólo puede depararnos una sociedad de seres anormales, física y moralmente. «De aquí nuestro desequilibrio nacional permanente».—pensó para sí Pepe José.

—¿No cree posible puedan existir seres cuyas almas sean como un imán captador de ciertas sensaciones externas, sensaciones que ellos asimilan, comparten, integran? —preguntó de pronto Amador.

—No se me alcanza el sentido de su pensamiento.

—Quiero decir que pueden existir almas que sangren por las heridas que otros sufrieron o sufren.

—Eso es fatal. Creo que esa ley sea el génesis del sentimiento solidario.

—Vea... Esa es Melilla la Vieja.

—Sí. La vieja. La nueva se halla oculta detrás de esos riscos.

—Pues bien: ¿Por qué fenómeno impenetrable para mí, me siento afectado por la presencia de ese antiguo penal, en cuyo interior creo estar viendo las filas de penados yendo y viniendo como almas en pena? ¿Por qué sufrimos al recordarlo? ¿Por qué lo hacemos tan intensamente? ¿Por qué la silueta de Salvochea se me aparece y la siento sufrir, aspirar y palpar en mí?

—Quizá es usted su discípulo. Quizá sufre el embrujo psicológico de su genial personalidad.

—No... No puede ser eso. Vea usted. Yo creo que mi complejo proviene de lo siguiente: España es (¡ay, no me diga lo contrario!) y fue siempre un penal. Un valle de lágrimas... Sin duda, yo soy hijo de penados. Nieto, viznieto de penados... Y todo, todo el pasado de la España mártir se ha refugiado en mí. ¿No le parece que esto pudiera ser así?

Ancló el barco y, colocadas las pasarelas, empezó el descenso de viajeros, de un lado, et de mercancía de otro, en tanto que la grúa de abordaje se ponía en movimiento para la descarga del tonelaje.

—¿Viene por primera vez a Melilla? —preguntó Pepe José.

—Fisicamente, sí. Pues, mentalmente, ya estuve otras veces acompañando a los que venían a morir, muriendo con los que morían.

—Siempre se muere un poco viendo morir a los otros.

—Lo que no me consuela al pensar que se muere o se da la muerte a seres ajenos en absoluto a

los móviles que les impone el deber de matar. De matar y de morir.

Durante un momento los dos viajeros siguieron con la mirada el intenso movimiento de que daba muestras el puerto en este momento preciso. El descenso de pasajeros seguía su curso, y estacionados frente al barco, una muchedumbre abigarrada, compuesta de chicos y grandes, árabes y europeos, contemplaban el espectáculo, los unos, en tanto que los otros se comunicaban por señas o a gritos con algún pasajero de a bordo. Del otro lado, el mar, sereno y bañado por los focos luminosos del sol, estaba salpicado de barquitos de pesca, que grandes bandadas de gaviotas circundaban, trazando círculos caprichosos y lanzando gritos agudos.

Amador Antino clavó su mirada en su interlocutor como si quisiera penetrar su más íntima forma de ser.

—¿Fue una finalidad humanitaria la que nos trajo a estas tierras africanas?

—No. Fue de conquista, de dominio. ¿En bien de España? No. ¿En bien de la población indígena? Tampoco. Vea, pues, que si estas tierras guardan en sus entrañas las osamentas de millares de españoles, España no ha conseguido con ello modificar el rumbo de su destino aciago. Misera era, y misera continúa. Los aquí caídos, cierto, son bocas que ya no piden pan; pero no por ello el resto de españoles en vida disfrutaban de la parte que aquéllos ya no consumen.

—¿Es usted enemigo de la guerra?

—Sí.

—¿Cree que entra en el dominio de las posibilidades humanas el evitarla?

—¡Claro está!

—Locuras gemelas las nuestras —dijo Pepe, y continuó mirando afectuoso a su acompañante—. ¿Dónde podríamos vernos más tarde?

—Donde tenga por más conveniente. Desconozco en absoluto el terreno, y no importa donde me dé cita, me será difícil encontrarlo. Al menos que me dé nombre, pelos y señales de hacia dónde he de dirigirme y por quién he de preguntar. Soy un ciego.

—Desembarquemos y hagamos camino juntos, si le parece. Permítame se — —

—Lo que me propone, sino imposible, resulta difícil para mí. ¿Usted está documentado?

—¿Usted no?

—No, ciertamente. Y, en tanto hablábamos aquí sobre el puente, yo tenía un ojo puesto en el policía que controla la documentación de los viajeros, y el otro husmeando un agujero por donde poder escapar, burlando una de las más ridículas plagas nacionales: la ley. Soy un perseguido.

—¿Y se confía a mí sin conocerme?

—Hace un momento hablaba de cultivar mi amistad. ¿Acaso no cree que la mejor forma de conocerlos y si posible estimarnos, es la de vaciar el contenido del saco y jugar limpio?

—Yo podría denunciarle.

—¿Y qué habría logrado con ello? ¿Hacerme detener? Ese contratiempo sería sin importancia para

mi, para quien la vida entre rejas no es una novedad. En cambio, esa circunstancia me permitiría descubrir al otro que, como todo el mundo, usted lleva consigo y oculto... Y, créame, sentiría un gran placer al recordar, más tarde, que en cierto momento un rufián, previamente disfrazado de persona decente, había solicitado cultivar mi amistad.

—Es decir, que juega firme para mejor medir mi fuerza.

—Sin confesarlo me propongo conocerle.

—Y desafía el peligro para lograr su propósito.

—Me tengo por un seleccionador de almas. A usted le emplazo, con mi confesión, a desnudar la suya.

—Y de mi conducta en este momento puede resultar el que usted me estime o me odie.

—Odiarle, no. ¿A qué conduce el odio? A corromper el alma. Me horroriza el descenso en el sentido moral. Jamás pude odiar a nadie ni a nada. De esta incapacidad para odiar proviene mi complejo de inferioridad, seguro estoy. Pero la condición individual humana no es mecanismo que se monta y desmonta a capricho. Al menos, yo no lo creo. Si yo fuera capaz de amar intensamente, quizá sería apto para amar intensamente. Y entonces, el harpa de que le hablo, dejaría oír sus vibraciones inflamantes de rebeldía, de esperanza y de fe. Pero no puedo. Por eso el harpa permanece muda, eternamente muda.

Antino sintió entre la suya el fuerte apretón de manos de Pepe. Las miradas se encontraron en una explosión de espontánea confraternidad que Antino saludó con estas palabras:

—Busco su estima y su amistad. Si no la encuentro, si no la logro, esté seguro de mi indiferencia hacia usted. Jamás espere colme su vanidad con la debilidad de mi odio. No sé odiar.

—Ha hecho bien con ser franco —repuso Pepe José. Ahora vayamos al grano, pues el descenso de viajeros ya termina y pronto va a dar comienzo el husmeo de rigor en el interior del barco.

Llamó sigilosamente Pepe a un camarero de a bordo, quien más con la mirada que con la boca les indicó les siguiera a lugar menos visible, y ambos hombres fueron a su encuentro. Y una vez en lugar recatado para las miradas curiosas e indiscretas, hubo apretón de manos, y:

—Este hombre —dijo Pepe José dirigiéndose al camarero— no puede atravesar la pasarela.

—¿Miedo al mareo? —bromeó el camarero.

—No. Ojos de lince —volvió a contestar Pepe, indicando al policía.

—Pues hace mal. Vitoria Grande, sin ser una cárcel modelo, es, por la altura a que se halla, bastante agradable y sana. Yo la conozco y no puedo por menos que recomendarla con simpatía a aquellos que estimo.

—Este hombre está débil, y tú bien sabes que los aires de alturas no convienen a las naturalezas delicadas.

—Pues en tal caso —volvió a decir el camarero con ironía— lo mejor será que salga del barco por donde suelen salir los suyos... Me refiero a los paquetes y bultos.

—Como un bulto más —concluyó Antino.

IBER SISIFO

(Continuará.)



Fichas y fechas

Cien años de guerra

(Continuación)

1891-1895. — En guerra atroz Inglaterra conquista Rodhesia y Uganda.

1893. — Los señoritos españoles y los marroquíes hacen pelear cruelmente a la juventud de ambos países. Pretexto: limitación de territorios.

1894-1895. — La raza amarilla no da prueba de más civilización que la blanca. Entre el Japón y la China se disputan Formosa.

1895. — Guerra de España y Cuba. Los cubanos querían, y con mucha razón, ser libres, emanciparse. La guerra contra España la ganaron, pero aún no estamos seguros de que se hayan emancipado y sean libres.

1896. — La casta militar inglesa envía a los soldados británicos a ocupar completamente el Sudán y lo logran.

El mismo año, Italia, para no ser menos, intenta ocupar Abisinia. Menos guerreros, lo que les honra, los soldados italianos no consiguen nada.

Francia, por otra parte, ocupa Madagascar.

1897. — Por diferencias de un trozo de terreno, la juventud turca y la de Grecia se matan encarnizadamente. Los militares profesionales son los que menos riesgo de morir corrieron.

1898. — Por asuntos de conquista y emancipación, no de la clase trabajadora, claro está, los U. S. A. y España se hacen la guerra.

1899. — Los U. S. A. ocupan las Filipinas, que hasta entonces fueron de los explotadores españoles. También invaden y conquistan Tutuila. Al mismo tiempo, dicha nación norteamericana ocupa Havai.

Por su parte, los militares ingleses hacen ocupar Nubia; mientras, los Boers intentan emanciparse, sin conseguirlo porque Inglaterra se empeñó en ser protectora.

El Brasil, por su cuenta, le declara la guerra a Bolivia. Resultado: el Acre pasa de una mano de amo a otra mano de amo.

1900. — Inglaterra y sus aliados le hacen la guerra a China. Como siempre, la juventud de dichos países pagó caro su espíritu sumiso y dócil.

1903. — Guerra civil en Colombia. Se la llamó de secesión porque se desarrolló entre el movimiento cantonalista contra el poder central.

1904. — Rusia y el Japón se disputan la Manchuria.

1907. — Inglaterra y Rusia contra Persia.

1908-1927. — Francia y España se meten en gue-

rra contra el Marruecos. El motivo esgrimido por los hispano-franceses era de que iban a proteger a dicho país. Es ante tan injusta causa cuando Barcelona se niega a que su juventud embarque para el Africa. De ahí la semana sangrienta y el asesinato de Ferrer Guardia por el monarca de Madrid.

1908. — Al mismo tiempo Austria se pelea a sangre y fuego contra los países balcánicos.

1910. — Los U. S. A. intervienen en sangrienta batalla contra los países de Centroamérica.

1911. — Turquía contra los Balcanes. También entonces les llamaban de emancipación y delimitación de fronteras.

1912. — Italia se declara en guerra contra Turquía. Sigue a esta guerra la ocupación de Tripolitania y Cirenaica.

1914. — Primera guerra mundial. Con ella se marca un declive en el empuje e influencia de los hombres del trabajo y de la paz social.

1918. — Rusia hace la guerra contra los Aliados. Se jugaba con ello su independencia.

1920. — Rusia contra Polonia. Motivo: expansión.

1921. — Por los mismos motivos se vuelven a pelear las juventudes de Grecia y Turquía.

1922. — Francia y Gran Bretaña contra los territorios sumisos bajo «mandato».

1926. — Los U. S. A., mastodónticos le declaran la guerra a Nicaragua.

1931. — Japón-China. Como siempre: a ver de quién es Manchuria.

1935. — Italia conquista Abisinia. Para poco tiempo, desde luego.

Al mismo tiempo otra guerrita tiene lugar entre Bolivia y Paraguay.

1936. — Guerra civil en España con grandes pertrechos de material y hombres extranjeros. Los pretextos todos los conocemos.

1938. — Alemania ocupa Austria y la anexiona.

Por Manchuria el Japón y la China vuelven a pelearse y matarse.

1939. — Ocupación de Checoslovaquia por la soldadesca Alemana.

Por otra parte, Italia ocupa Albania.

La guerra mundial y las que le han seguido son demasiado recientes y por ahora prescindimos de mencionarlas.

(Facilitado por el ABIC)

ERASE un escritor insignificante y, como insignificante, popular, uno de los más populares del país. Raras veces se había visto usar tantas palabras para decir menos cosas. Hilvanadas con una habilidad sorprendente, nunca, nunca decían nada. Perdían, en sus manos, su pepita, aparecían vacías. Los vocablos más sustanciosos los tornaba vulgares, sin fuerza ni color, huecos. Tenía el talento de no tener talento.

En sus artículos — escribía en muchos periódicos, y sus libros eran, en gran parte, artículos refundidos — desfilaban, por el motivo más fútil, frases de filósofos y de pensadores, leyendas y anécdotas, sentencias y proverbios, que convertía invariablemente en lugares comunes apenas distinguibles entre los de su propia cosecha, torrente desbordado.

Se leía, por esa erudición, en todas partes. Era agradable tener una cultura con tan poco esfuerzo. Se podía citar, gracias a él en las conversaciones, tal pensamiento de un filósofo ilegible, tal agudeza de un pensador desconocido; y nada hay que decir de las leyendas, de las anécdotas, de las sentencias y de los proverbios, que tanto lustre dan cuando se sueltan, como quien nada hace, en una reunión.

Sabía el escritor cultivar esta popularidad. Cada vez su artículo, sobre el suceso del día, siempre sobre el suceso del día, era como los lectores lo esperaban. Empedrado de citas de todas las edades, volcadas al azar, sin ningún discernimiento. Puesto para lectores poco exigentes. No se es popular a otro precio.

El país era monárquico, pero nadie leía a los escritores monárquicos, como nadie lee a los escritores republicanos en una república. No se concibe un escritor conforme con lo que existe, que siempre es feo. No lo conciben ni los lectores poco exigentes, y no hay que injuriarles sospechando en ellos esa idea de fealdad.

Nuestro escritor, que quería ser leído, que no vivía sino de ser leído, no era un escritor monárquico. Sin otra razón que esa. Había que estar en la oposición para tener lectores.

Los suyos, innumerables, esperaban sus críticas del gobierno — tarea fácil, que da hecho el propio gobierno — para, sin pensar, saber qué pensar. Y como no había cometido nunca el error, ni por error, de hacerles pensar nada, el gobierno acabó por premiar su oposición con distinciones que todo el mundo, y sus lectores en primer lugar, juzgó merecidas.

Desde entonces, no pasó, con armas y bagajes, a la monarquía — habría perdido los lectores — pero sus críticas, tan anodinas, fueron más anodinas aún, y no las prodigó tanto. Había otros temas, por fortuna. En gran número. Estaban allí los obreros, siempre en su pluma la masa laboriosa y los campesinos; siempre en su pluma las pobres clases medias. Y había, además, las modistillas, tan gentiles, y las hermanas de la caridad, tan abnegadas, y los soldados, gloria del país, y

VERSIONES

por DENIS

EI

los estudiantes, esperanza del mañana, y los maestros de escuela, sembradores de instrucción.

El tema de las modistillas, repetido de una vez, le descubrió un camino poco transitado. Se aventuró en él, no sin temor. Comprobó sin tardanza que su temor no tenía fundamento, que sus lectores le seguían por aquel camino como le habían seguido por todos. Eran los lectores dignos de él.

Fué, en lo sucesivo, casi exclusivamente, un escritor feminista. Había vuelto hasta entonces, cuanto había tocado, insignificante. Pero a veces tras penoso esfuerzo. Ahora no tenía ya que realizar esfuerzo alguno. Nadaba en plena insignificancia. En sus propias aguas.

Pedía, exigía para nuestra dulce mitad — la mujer era siempre en su pluma, nuestra dulce mitad — todos los derechos de que el hombre goza: el derecho al trabajo, el derecho al voto, el derecho a ser votada, y otro sinfín de derechos. No sospechaba que una mujer real, como un hombre real, no tiene nada que hacer con todos esos derechos, pasatiempos de gentes que no se han acercado jamás, con los ojos abiertos, a ningún problema. No sospechaba que una mujer real, es, como mujer real, femenina, lo mismo que un hombre real es, como hombre real, varonil. No sospechaba que la mujer real, femenina, no será nunca feminista, invención de desocupados que no saben cómo distraer sus ocios. No sospechaba que esa petición de derechos era, para mujer real, femenina, la pérdida de todos sus derechos, reales como ella, y que no tienen ninguna necesidad, como todos los derechos reales, de ser escritos.

« Se ha acabado — afirmaba — con la esclavitud del hombre. Es hora de acabar con la de la mujer, encanto del hogar, consuelo de nuestras penas, regazo para nuestro reposo, guardadora del secreto de nuestra dicha ». No faltaban jamás en su prosa sin jugo aluviones semejantes.

Todas sus afirmaciones eran tan cómicas como esa. No quería, ya se ve, acabar con nada. Pero se le tomaba en serio. El número de sus lectores había aumentado extraordinariamente. Y su popularidad. Sus artículos eran traducidos en los países avanzados. Eran países avanzados aquellos en que el feminismo se extendía, y precisamente porque el feminismo se extendía. Pronto su avance sería tan decisivo que no se encontraría en ellos una mujer real, femenina. Y tampoco — otra prueba, sin duda, de avance — un hombre varonil.

El escritor estaba contento de su suerte, y esto le juzga por entero. Se le leía más allá de las fronteras, en naciones cultas. Lo dijo en un artículo, con un poquitín — no mucho: nada era en él excesivo, salvo los lugares comunes — de vanidad. Y con un poquitín de desdén para su país, tan lamentablemente atrasado.

feminista

Pudo, por única vez, en ese artículo, sin percatarse, herir a sus lectores habituales. No se dieron por ofendidos. Eran siempre dignos de él. Suponer juzgaran los lectores de las naciones cultas no eran muy diferentes de ellos, lectores de una nación atrasada, sería gratuito. No hay que adorar a nadie con galas ajenas.

Nuestro escritor dijo hasta dónde llegaba su feminismo, sin querer — no decía nada con acento real sino sin querer — en un artículo posterior. No perdió, por ello, ninguno de sus lectores. Imposible sospechar en ellos capacidad alguna de juicio.

Era, ese artículo, uno de los mejores que había escrito, lo cual quiere decir uno de los más malos. Jamás, maestros en el género, había acumulado tantos lugares comunes en tan reducido espacio. Saltaban, de frase en frase, como en país conquistado.

« La mujer — decía — nuestra compañera de fatigas y de alegrías, nacida para delicia nuestra, no ocupa en nuestros hogares el altar que merece; tiene que cocinar, cosa que ensucia sus manos, creadas para acariciarnos; tiene que coser, cosa que deforma sus dedos, creados para, cuando no nos acarician, encantarnos con la música; tiene que lavar, cosa que cansa su cuerpo y entristece su alma; tiene que cuidar a nuestros hijos, cosa que no le deja tiempo para cuidarse ella, para instruirse, para venir a nuestro encuentro, cuando hemos terminado la jornada, con una sonrisa que nos compensa de todo; tiene, en fin, que ir al mercado a rozarse con gentes groseras y algunas veces a discutir con comerciantes poco corteses. Es deber nuestro poner fin a todo eso. La mujer no debe cocinar, ni coser, ni lavar, ni cuidar a nuestros hijos, ni ir al mercado. Hemos de librarla de ese fardo, impropio de ella. Nuestro honor y nuestra dignidad lo exigen. »

Queria decir, al decir la mujer, nuestras mujeres, las mujeres de los hombres como él. Porque el artículo terminaba con este colofón, en el que el feminista se retrataba como no lo había retratado nadie :

« Tenemos, sí, que librarla de ese fardo, porque para llevar ese fardo, están las criadas. »

« ¡ILUSOS, utopistas! », esto es lo menos que se nos dice, y este ha sido el grito de los conservadores de todos los tiempos contra los que tratan de poner el pie fuera del cerco que aprisiona al ganado humano.

« ¡Ilusos, utopistas! », nos gritan, y cuando saben que en nuestras reivindicaciones se cuenta la toma de posesión de la tierra para entregársela al Pueblo, los gritos son más agudos y los insultos más fuertes: « ¡Ladrones, asesinos, malvados, traidores! », nos dicen.

Y, sin embargo, es a los ilusos y a los utopistas de todos los tiempos a quienes debe su progreso la Humanidad. Lo que se llama civilización, ¿qué es sino el resultado de los esfuerzos de los utopistas? Los soñadores, los poetas, los ilusos, los utopistas tan despreciados de las personas «serias», tan perseguidos por el «paternalismo» de los gobiernos, ahorcados aquí, fusilados allá, quemados, atormentados, aprisionados, descuartizados en todas las épocas y en todos los países, han sido, no obstante, los propulsores de todo movimiento de avance, los videntes que han señalado a las masas ciegas derroteros luminosos que conducen a cimas gloriosas.

Habría que renunciar a todo progreso; sería mejor renunciar a toda esperanza de justicia y de grandeza en la Humanidad si, siquiera en el espacio de un siglo, dejase de contar la familia humana entre sus miembros con algunos ilusos, utopistas y soñadores. Que recorran esas personas «serias» la lista de los hombres muertos que admiran. ¿Qué fueron sino soñadores? ¿Por qué se les admira sino porque fueron ilusos? ¿Qué es lo que les rodea de gloria, sino su carácter de utopista?

De esa especie tan despreciada de seres humanos surgió Sócrates, despreciado por las personas «serias» y «sensatas» de su época, y admirado por los mismos que entonces le habían abierto la boca para hacerle tragar ellos mismos la cicuta. ¿Cristo? Si hubieran vivido en aquella época los señores «sensatos» y «serios» de hoy, ellos habrían juzgado, sentenciado y aun clavado en el madero infamante al gran utopista ante cuya imagen se persignan y humillan.

No ha habido revolucionario, en el sentidossocial de la palabra, no ha habido reformador queno haya sido atacado por las clases dirigentes de su época como utopista, soñador e iluso.

¡Utopía, ilusión, sueños...! ¡Cuánta poesía, cuánto progreso, cuánta belleza, y, sin embargo, cuánto se os desprecia!

En medio de la trivialidad ambiente, el utopista sueña con una Humanidad más justa, más sana, más bella, más sabia, más feliz, y mientras exterioriza sus sueños, la envidia palidece, el puñal busca su espalda, el esbirro espía, el carcelero coge las llaves y el tirano firma la sentencia de muerte. De ese modo la Humanidad ha mutilado, en todos los tiempos, sus mejores miembros.

¡Adelante! El insulto, el presidio y la amenaza de muerte no pueden impedir que el utopista sueñe.

Ricardo FLORES MAGON

LOS UTOPISTAS

ALAS SIN CIELO

(CONTINUACION)

DONA REYES. — (Cierra la puerta y permanece junto a ella con un gesto de alivio, pero al mismo tiempo con ira.) ¡Ay, qué descanso! Cambiar-me yo y cambiarle a mi hijo hasta los fondillos de la camisa para esto. Estas hijas de María Santísima. Que Dios me perdone. ¡Brujas beatas! Despellejadas las quisiera. Si no fuese por lo que es. Vamos, que no, que una no sabe por dónde echar en este laberinto de callejones sombríos donde nos ha metido el alzamiento nacional. Si una se queda roja, al hoyo y si rezumamos agua bendita, aunque una se ahogue, al paraíso. ¡Ay, qué paraíso beatístico éste donde no siento más que ganas de retorcerle el pescuezo a la primera penitente que se me pone por medio. ¡Ay!, me voy, que esta casa, a solas, me da escalofríos. Que ponga orden Rita. A estas horas a la Elvira me la habrán ya puesto como a la Coralito, que le levantaba el puño a Dios y a su Madre. (Va a salir, agitada.) Al abrir la puerta se detiene y retrocede, de pronto, sobrecogida de espanto. En seguida aparece en el marco de la puerta, de la mano de Leonor, Elvira. A Elvira la han pelado al rape en el cuartel de falange. En su palidez de muerte realzan unos hilos de sangre que brota de la nariz y de sus labios. Se sostiene de pie, porque la sostiene, más que su voluntad o el instinto de vida, una cólera imponente; pero esa cólera no estalla a causa de Leonor, que la apacigua con la virtud de una amistad leal, sencilla, juvenil. Elvira y Leonor contemplan a Doña Reyes sin chistar, comprendiendo en el dolor que las aflige, la magnitud de la maldad de Doña Reyes. Entre los fieros sentimientos de la vieja no hay otro que sobrepuje a un pánico indecible.)

DONA REYES. — (Las manos en el pecho y las piernas cruzadas por el espanto, teme orinarse allí mismo.) Ay, yo no podía imaginarme que fuesen capaces de tanto. No es culpa nuestra, ya puedes figurártelo. Mi Bernardo es bueno y yo no te deseo ningún mal. ¿Te han hecho mucho daño? ¿Cómo te han dejado venir así? Ay, Virgencita de las Angustias. Ay, Cristo del Gran Poder. Ay, San Anastasio bendito. No es mi culpa, te lo juro por Dios.

ELVIRA. — (Angustiada, sin fuerzas de hacerle frente a la loba, frizando con sus labios un sentimiento de muerte.) ¡Salga de aquí...! (Muda de espanto, Doña Reyes sale. Leonor tira de la mano que aún tiene asida, de Elvira y la hace sentarse en la silla más inmediata a la puerta. Solamente Leonor parece que puede medir en su alma la magnitud de tan horrenda humillación, de tan feroz e injusta represalia. Elvira se deja

a la tierna merced de Leonor, quien la protege con su cariño, como una madre a su hijita pequeña. Mientras habla a Elvira, Leonor enciende un infiernillo de alcohol, echa agua en un cazo, la pone a calentar, busca una toalla, etc.).

LEONOR. — Dios deberá castigarlos. (Pausa.) Pero si Dios castiga, ¿de quién se rien y por qué se burlan esas gentes?. ¿Qué daño les ha hecho usted para que le paguen con esto? Yo lo sé. Que es usted guapa, que es usted buena, que usted no quiere salir a la calle cuando canta la falange. Pero, no se preocupe, porque yo la quiero a usted. Y le voy a regalar mi muñeca que es, con mi madre, lo que más quiero en este mundo. (Pausa.) Por favor, póngase contenta. Dígame algo. Si vuelven a buscarla para hacerle daño, cogeré un cuchillo y... Yo soy muy capaz, créalo usted. (Pausa.) Han estado aquí las beatas del padre Hidalgo. Las vimos pasar mi madre y yo desde nuestra ventana. Por cada golpe que se dan en el pecho, les debiera salir un escorpión con veneno ardiendo. Espere un poquito, que le estoy calentando agua, para lavarle esa cara de «excehodo». (Acercándose al percibir un gesto de angustia atroz en Elvira.) ¿Qué le pasa? ¡Ay, Dios mío, que no se me muera! Elvira, no me diga usted nada, pero sonría, que yo sepa que no se va a morir. Tiene usted que vivir para maldecirlos como yo los maldigo. Y porque yo quiero que viva.

ELVIRA. — (Temiendo desmayar de angustia, de dolor, de debilidad infinita.) ¡Ah!... Leonor, Leonor. Ayúdame a subir a mi dormitorio... ¿Por qué no ha venido tu madre...?

LEONOR. — Tiene mucho miedo la pobrecita. ¿Sabe? Cuando le dieron el ricino y pelaron a la Coralito, Concha, una prima suya, salió al encuentro para ayudarla y también se metieron con ella. A mí no me hará nada porque soy una chiquilla; pero si se atrevieran les arrancar a los ojos. (Ayuda a Elvira a subir al dormitorio.) Yo me quedaré aquí, con usted, hasta que todo haya pasado. A mí no me da miedo. Elvira vuelve a estremecerse violentamente, en el dormitorio.) ¡Av, señora Elvira, por la gloria de su madre: viva! Mañana mismo le traeré mi muñeca. (Elvira se deja caer pesadamente en la cama. Leonor descende a la planta baja para coger el agua caliente, y lo que cree que necesita para atender a Elvira.)

ELVIRA. — (Febril, delirante.) La Virgen está pisando la cabeza de una serpiente porque no tiene camisa azul. Las huestes del paraíso tienen manchadas las manos con mi sangre y la sangre de mi amado. ¿Quién dice que España no tiene los brazos en cruz? Yo, yo soy España. ¿Quién asegura que en el aire no se confunden

la verdad y la mentira, las coronas de espinas y las de los príncipes, y las boinas rojas, los yugos, las trabas, las oces y las guadañas, los martillos y las bofetadas, los yunques de hierro y los vientres de las madres, el fuego inquisitorial y las cruces gamadas, las tablas de la ley, los laureles, el perejil, los santos óleos y el aceite de ricino...? ¿Y mis pelos? ¿Qué han hecho de mis pelos? ¿Por qué me han despojado de mi dignidad de mujer? ¡Mama! ¡Mama! Si el día que me pariste hubieras barruntado todo esto, ¿no hubieras preferido ver salir de tu seno una mariposa que hubiera quemado en sus alas tu perfumada ilusión? El mar me está sangrando en mis pechos. Las olas me golpean en la garganta y me preguntan por qué no he sido capaz de fulminar a esa gentuza con una palabra de perdón. Perdón, perdón. ¿Por qué? ¿De qué? ¡Malditos! (Incorporándose en el lecho con desbordante exaltación.) Que vengan a explicarme ahora la vida con preceptos escritos. Que vengan a decirme ahora que Dios está levantando a España de entre los muertos. «¿Como una sombra en el instante de una electrocución; como un estertor en la eternidad de unos huesos descoyuntados por el garrote vil; como un frío alarido de rabia cuando los pechos de los hombres son asaltados por las balas ante el paredón. ¡Ah, canallas! Si Dios está bajo el palio de vuestros tormentos, yo me río en las barbas de vuestro Dios. Que mi pelo trenzado os sirva como rosario donde contéis una a una las villanías que debéis apuntar en vuestros salvoconductos hacia el paraíso. Que mis pelos se cuenten en las bridas de los caballos de esta hora apocalíptica de España. (Leonor, que ha subido con una palangana con agua caliente y una toalla, se queda extasiada, oyéndola.) ¡Ay, Leonor, Leonor! Ve, corre a la tumba de mi tía Gertrudis. Dile que su Elvira sufre y va a enloquecer de humillación, de vergüenza y de rabia de vivir. Dile que la cólera que remueve su martirio, y que el odio que le hierve dentro, como piedras y lava en las entrañas de un volcán, van a trastornar su insignificante deseo de vivir. Dile que venga a escupir a mis pies, con la saliva de sus conjuros y que pronuncie la palabra mágica que me permita volar por los linderos donde se prue-

ban y se conocen los hombres. Que quiero ver si quedan hombres en esta tierra desolada y yerma. Que si yo los encuentro clavados en el palo maldito de la culpa ajena, con mil astillas lacerando sus pechos y un pálpito gozoso en sus ojos moribundos, yo los besaré con mis labios del alma, mis labios eternos de mujer y por pura gratitud al gesto insobornable, como tributo al dios que solamente allí he presentado.

LEONOR.—Señora Elvira, tranquilícese. Acuéstese. Descanse ahora, tengo miedo.

ELVIRA. — ¿No irás, Leonor, a la tumba de mi tía Gertrudis?

LEONOR. — (Apenadísima, creyendo.) Yo no sé el camino.

ELVIRA. — Es tan fácil ir al cementerio. Si no que te lo digan esos.

LEONOR. — Pidame otra cosa.

ELVIRA. — ¡Ay, niña! ¿Podrás tú darme alas? Bueno, y si pudieras darme alas, ¿de qué me servirían? Me las cortarían, como a mi pelo, y no podría volar. Las alas no sirven de nada cuando no hay cielo. Y el cielo lo ha cerrado esta gente, lo ha cerrado con la pretensión de querer acapararlo para los paniaguados del señor obispo, para los jerarcas y para quienes paguen una entrada por una puerta que no han vislumbrado jamás. Lo han cerrado y, hasta las moscas deben limitarse a arrastrarse por el río sangrante de nuestras llagas. (Se deja caer, abatida, de nuevo.)

LEONOR. — Duerma, Elvira, duerma y calle. Si yo pudiera, le daría alas y con esas alas todo un cielo, grande como el de nuestras playas y sin nubes, por el que usted pudiera volar a sus anchas como quisiera y a donde quisiera... (Pausa. Leonor se aproxima a Elvira y la contempla reprimiendo el llanto.) Pero como no tengo alas que darle ni cielo que ofrecerle le doy lo que tengo: mi muñeca y mi cariño. Y yo creo, de todos modos, que es usted sola quien puede enseñarnos a volar libremente a mi muñeca, a mí y... a quien quiera volar. Esas alas que usted, Elvira, despliega con su alma son tan poderosas. (Lentamente ha ido cayendo el

TELON.

ABARRATEGUI

(Continuará.)



Indice general de autores **CENIT** durante los años 1961-62

(Los nombres con asterisco se encuentran también en el índice publicado en su décimo aniversario. Ver el número 120.)

A

- * ABARRATEGUI: «Inri», 122. «Romance de Libertad López», 123. «Dulce libertad», 125. «La verdad», 136. «Esa mujer», 135. «Alas sin cielo», 140-144.
- A.B.I.C.: «Cien años de guerra», 142.
- ACQUARONI: «Walt Whitman», 136.
- * ALAIZ, F.: «España económica», 122. «Mundo al revés», 124. «Política», 125. «Los aplausos», 129. «El palacio», 131. «Vida privada y vida pública», 132. «El intricante», 135. «Sugestión de España», 137. «Los exilados», 134. «La estatua viva», 143.
- * ALBA V.: «Regreso a la fuente», 129.
- ALBERTO I.: «Antonio Reyes», 136.
- ALCANTARA P.: «Los españoles», 123.
- ALVAREZ SIERRA J.: «El mayor triunfo del Dr. Ferrand», 135. «Riquezas humanas», 139. «Doctor Esquerdo», 142.
- ALLEN H.: «Historia de los compiladores de Thoreau», 128.
- ALVARO DE ALBORNOZ: «Lo que fue la restauración borbónica», 144.
- AUB MAX: «Cuestión bizantina», 130.
- * ANTONIO R.: «Espagne assassinée», 121.
- ARBOUSSE D.: «Qué es la filosofía», 126.
- ARENAL C.: «La soberbia», 126.
- * ARMAND E.: «Emancipación femenina», 121. «La evolución en las opiniones», 122. «Ni Dios exterior ni dueño interior», 126. «La demistificación del misterio», 128. «El amor», 132. «¿Y a eso llamáis vivir», 138.
- * AUMENTE J.: «Libertades concretas», 121.
- * AUREL: «Han Ryner», 127.
- A. V.: «De la revolución a la economía», 127.

B

- * BAKUNIN: «La masonería», 137.
- * BALZAC H.: «El amor», 132.
- BARCO J. (A. G. B.): «Colectivización y socialización», 127.
- BASTA: «El amor», 131.
- BASTERA: «A los jóvenes dolorosos», 130.
- BASTIDE G.: «¿Qué es la filosofía», 126.
- BAZAL: «Mundo Necio», 135.
- BERGER G.: «¿Qué es la filosofía», 126.
- BLASCO IBANEZ: «España», 134.
- BLESINGTON M.: «El amor», 131.
- BOLIVAR: «La libertad», 137.
- BOLL H.: «La lengua baluarte de la libertad», 121.
- BOVEL: «El amor», 131. «El carácter», 142.

- * BRAVO, Plácido: «Nuestro destino», 121. «El hombre y la máquina», 122. «La inhibición de las élites», 124. «Si conociéramos al hombre», 126. «El cultivo del hombre», 127. «De la historia, esta brújula», 128. «Saber comprender», 129. «Del Estado y sus instituciones», 130. «Hoja por hoja», 131, 132, 134, 135, 137, 139 y 140. «Juventud y senectud», 133. «De los hechos a las ideas», 136. «Inmortalidad o trascendencia», 141. «La confesión y el secreto», 142. «¿Obedecer sin comprender?», 143. «La armonía entre los sexos», 144.
- BRES Y.: «¿Qué es la filosofía?», 126.
- * BRUNO: «La riqueza», 136.
- BURNS: «La vida», 132.
- BYRON: «El amor», 131.

C

- * CALDERON: «Papel traidor», 135.
- CALVO J.: «Fin del proceso Eichman», 135.
- * CALLEJAS L.: «La dura prueba del destierro», 122. «Unamuno en el destierro», 125.
- * CAMPIO CARPIO: «Poesía del destierro», 128-133. «Alianza de la libertad», 130. «En nuestra tierra», 139. «Tres generaciones de animadores», 142. «La política y el hambre», 143. «Diálogo de dos mundos», 144.
- CAMPOLLANO F.: «Ensayos comunitarios en Norteamérica», 127.
- * CAMPOS S.: «La estatificación del hombre», 127 y 140. «Modalidades y esencia autoritaria», 137.
- * CAMUS A.: «El movimiento revolucionario», 122. «Manuales e intelectuales», 124. «El escritor», 133. «Ignorancia», 135.
- CARBO E.: «Afan de ver claro», 131. «Los modernos abominan del clasicismo», 140.
- * CARLYE: «La vida», 132. «La religión», 136.
- CARMONA A.: «La defensa de la alegría», 139.
- * CARSI A.: «El circo de Gavarni», 12. «Buscando raíces», 134.
- CASSOU J.: «Picasso», 124.
- * CAVOUR: «La diplomacia», 128.
- * CELMA M.: «En medio de los escombros», 122. «Pancho Villa», 124. «Testigo de mi tiempo y «En un lugar de los Andes», 125. «Cooperativa sin lucros», 126. «El Vaticano contra Europa», 144.
- CELTA L.: «La mañana luminosa», 124. «Cumbres luminosas», 125. «El alcoholismo», 126. «Alegría de la naturaleza», 129.
- * CERVANTES: «La propiedad», 127. «Deformación profesional», 129. «El amor», 132. «Las letras», 134. «De la poesía y de los poetas», 135.
- CLYDE: «El amor», 132.
- COLLARD R.: «La religión», 136.

- * CONFUCIO: «Valor de la palabra», 121.
- COOKE J.: «El amor», 131.
- CORNEILLE: «El amor», 132.
- COSMOS (C. P.): «Chispas», 136.
- * COSTA I.: «Concepto de la educación y «Colas Breugnon», 121. «La comida del hombre» y «Sociedades animales», 124, 125. «¿Es la oratoria un arte?», 126. «Análisis de la emoción», 128. «Ciencias y mitos», 129. «Limpieza en el lenguaje», 133. «Amor al prójimo», 134. «El muerto al hoyo...», 143.

CH

- CHAMP: «Loi sur la presse» (portada), 141.
- CHARLOT: «Retrato» (portada), 140.

D

- DAMPIER: «La ciencia», 139.
- DAVIES J.: «H. S. Salt», 138.
- DEJACQUES J.: «Contra las dictaduras», 123.
- DELGADO C.: «Versos», 135.
- * DENIS (A. G. B.): «La mujer guapa», 121. «El educador», 122. «El galeote», 123. «El maestro», 124. «El propietario», 125. «El escéptico», 126. «El escritor», 127. «El cronista», 128. «El burgués», 129. «El pobre», 130. «El ladrón», 131. «El viejecillo», 132. «El negociante», 133. «El asno», 134. «El bufón», 135. «El concejal», 136. «El cortesano», 137. «El diputado», 139. «El crítico», 140. «El editor», 141. «El emisario», 142. «El extranjero», 143. «El feminista», 144.
- DEWAR: «El amor», 131.
- * DIDEROT: «La vida», 132.
- * DIONISIOS (A. G. B.): «Las riquezas», 130.
- DISRAELI: «El amor», 131.
- DURANT G.: «¿Qué es la filosofía?», 126.
- DURRENMAT: «Diálogo nocturno con un hombre abyecto», 122.
- * EMERSON: «El amor», 131.
- * EICTETO: «La vida», 132.
- * ERASMO: «La vida», 132.
- * ESGLEAS: «Arrivistas y hombres consecuentes», 122.
- ESQUILO: «El amor», 132.

F

- * FABIO LUZ: «Retrato» (portada), 139.
- FAGUET: «La vida», 132.
- FERRARETI S.: «Tolstoi y la no violencia», 136.
- * FERRER J.: «Ayúdame», 126. «No es el hambre quien nos hizo revolucionarios», 127. «Glosa al sindicalismo», 134. «Santo Domingo Guzmán», 137. «¿Noviazgo entre Dios y la Anarquía?», 139.
- FLORES MAGON: «Los utopistas», 144.
- * FONTAURA (V. G.): «La mística

J

- del anarquismo», 133. «El mito y la realidad sexual», 134. «Pedantería, soberbia, sencillez y dignidad», 135. «Simone Weil y el hombre máquina», 139. «Tierra y sol de Levante», 141. «La estela imborrable», 144.
- FOUILLEE: «Del arte», 135.
- * FRAK F.: «¿Humildad o pedantería?», 133.
- * FRANKLIN: «El amor», 131. «La experiencia», 143.
- * FRANCE A.: «La vida», 132.
- F. S.: «La derecha, su máscara y sus mitos», 125.
- FUERBACH: «La religión», 136.

G

- GALLEGO: «V. Hugo en España», 126.
- GANDHI: «La acción directa», 126.
- GARCIA R.: «Jack London», 132.
- GARCIA RAMOS: «El terror en los campos», 121. «Opresión y Revolución», 131, 132.
- * GARCIA: «El pensamiento anarquista», 135-143.
- GARFAS P.: «Entre España y México», 127.
- * GERALDY P.: «El amor», 131.
- * GIMENEZ IGUALADA: «El soberano y los educadores», 129. «Reflexiones al compañero X», 133. «Cartas al amigo», «Acción y cultura», 134.
- GIRONELLA J. M.: «En el tren de Port-Bou», 137.
- GLASWORTHY: «El amor», 132.
- * GODWIN W.: «Las leyes», 135.
- * GOWTH: «La vida», 132.
- * GONZALEZ I.: «El inadaptado», 137. «El que estaba en todas partes», 138. «La protesta», 140-141.
- * GONZALEZ PACHECO: «Del pesimismo», 143.
- * GONZALEZ PRADA: «La anarquía», 126. «Humanismo», 129. «Zatrató» (portada), 144.
- * GOURMONT R.: «El amor», 131.
- GOTTECHO S.: «Thoreau y las flores del campo», 143, 144.
- GRAU J.: «Espíritu creador», 124.
- GRAY P.: «The Berth» (portada), 132.
- GUEROUlt M.: «¿Qué es la filosofía?», 126.
- GUIZOT, Mme.: «La vida», 132.
- GUSDORF G.: «¿Qué es la filosofía?», 126.
- * GUSTAVO S.: «Lista», 124. «Paracelso», 135. «Torrijos», 1336.

H

- HANEMAN: «El amor», 132.
- HEGEL: «La filosofía», 125.
- HERNANDEZ F.: «La democracia en el verso», 130.
- * HERNANDEZ M.: «La paciencia», 143.
- HIRSCHFELD: «La vida», 132.
- HIRSCHFELD M.: «El amor», 131.
- * HUGO V.: «España», 122. «Deberes», 124. «A los frailes y a los curas», 128.
- * HUXLEY A.: «La elocuencia», 123. «La religión», 136.

I

- IBER SISIFO: «Morir al alba», 144.
- I. G.: «Voces de España. Los obreros», 128.
- * INGENIEROS J.: «Valor del hombre», 122.

K

- KEY E.: «La mujer», 125.
- KRAUSE: «El ideal», 128.

L

- LABOULAYE: «La vida», 132.
- * LA BROUYERE: «El amor», 131-132. «La vida», 132.
- * LACAZE DE THIERS: «Mediocracia y aristocracia», 124.
- * LACERDA: «El amor», 131.
- LACROSE M.: «¿Qué es la filosofía?», 126.
- LAMARTINE: «El amor», «La vida», 132.
- LARDE A.: (Foto, portada), 130. «La transformación electrónica», 132.
- * LA ROCHEFOUCAULD: «El amor», 131-132.
- * LAZARTE Dr.: «Hacia los municipios autónomos», 121-122. «La guerra y sus causas», 132.
- LEFEVRE M.: «¿Qué es la filosofía?», 126.
- LEROUX P.: «La religión», 136.
- LEROY: «El dinero y los periódicos», 135.
- LEVEQUE R.: «¿Qué es la filosofía?», 126.
- LISWINKO: «La anarquía», 131.
- * LIZCANO: «La cuasi imperceptible guerrilla del espíritu», 123. «Afinidades en marcha», 125. «La cultura y la dictadura», 141. «Por el amor de Dios», 142.
- LOPEZ PACHECO: «De la España que despierta», 126.
- * LOUVET L.: «Caffiero», 139.
- LUCIANO: «La vida», 132.
- LUTERO: «El amor», 131.
- LYNDON J.: «Placeres de Walden», 123.

LL

- LLES F.: «Insignes paparruchas», 141. «Sermón inútil», 144.

M

- M.: «Anastasia», 140.
- * MADARIAGA: «Unidad en la variedad de España», 121.
- MAETERLINCK: «El sacrificio», 136.
- MAINTENON Mme.: «La vida», 132.
- MALDONADO L.: «El tío Cavila», 126.
- MANAT J.: «Evocación de S. Rusiñol», 134.
- MAQUIAVELO: «Política», 139, 140.
- MARCO AURELIO: «Hipocresía», 134.
- MARIVAUX: «El amor», 132.
- * MARTINEZ M.: «La pedagogía», 134.

- MATUTE A.: «Las mujeres», 123.
- * MELLA R.: «Las pasiones», 143.
- * M. P. R.: «Cuán verde era mi valle», 140.
- MILL: «La religión», 136.
- * MILLA B.: «La guerra de España pasa a la historia», 129.
- MOLIERE: «El amor», 131.
- MONDOR Pr.: «La popularidad», 143.
- MONROS: «La Guardia Civil» (portada), 127.
- MONTAIGNE: «La ley», 126. «El amor», 132.
- MONTEFORTE: «El general F.», 135.
- * MONTESQUIEU: «Las leyes», 129.
- * MONTSENY F.: «Los ecos de la tragedia de Chicago», 137. «Las mujeres en la revolución española», 138.
- MORBAN LEBESQUE: «Horror supremo», 121.
- MOZAT: «Valores», 123.
- MUNOZ V.: «Estados Unidos», 121. «América de los indios», 122. «El pensamiento de Cervantes», 136. «El pensamiento de Zozaya», 131. «L'anarchisme et Zamenhof», 138. «Eliseo Reclus», 139. «Claude Tiliier», 140.
- MUSSET: «La vida», 132.

N

- NEGRI: «La religión», 136.
- NERUDA P.: «Niña morena y ágil», 133.
- * NETTLAU: «Reclus y Bakunin», 141-142.
- * NIEZTSCHKE: «La vida», 132.

O

- * OCANA F.: «Educadores sí, verdugos no», 123. «El indeterminismo y el ser», 128. «Einstein y Heisenberg», 129. «Indeterminismo», 130. «Valor de la duda y el ser», 131, 134-136, 137. «La psicología», 128. «Nace el hombre cósmico», 140. «El hombre y los complejos», 141-142. «Marilyn Monroe», 143-144.
- OLIVAN G.: «La explotación», 132. «Poema», 133.
- OLIVERIO T.: «Luz y fuerza, una empresa electrizada», 127.
- OMAR AL KHAYAN: «El amor», 131-132.
- * ORTEGA Y GASSET: «La vida», 132.

P

- * PASCAL: «Las fronteras», 126.
- PASCOAES: «La vida», 132.
- * PAULES C.: «Triptico humano», 123. «Religión y sus melodías del silencio», 126. «Ficción, vislumbre o posibilidad», 127. «A los aguiluchos», 130. «Poemas y religiones», 134. «La calumnia vencida», 136. «El tono de una revista», 137.
- * PAULHAN F.: «Las ideas», 132.
- * PEIRATS J.: «La Sión hispánica», 123-125. «Cómo se pierde la independencia», 131.
- PEMAN: «Desde arriba», 143.
- PERRIN: «El humor», 144.
- * PI Y MARGALL: «El arte», 125.
- * PITAGORAS: «La vida», 132.
- * PLATON: «El amor», 131.
- * POCH DR.: «Valor del principio individualista», 137.

- PRADOS E.: «Poesía», 124. «Can-
ción», 134.
* PROUDHON: «La propiedad», 127.
«La religión», 136.
* PUYOL J. M.: «Un poco de hu-
mor», 121. «Viñetas de...», 122, 126.
«El afilador de Trives», 124. «Un
asunto escabroso», «Mi pueblo»,
125. «Acotaciones cervantinas»,
128. «Narcisa», 129. «La Celesti-
na», 133. «Cervantinas», 134. «La
luz apagada», 135. «El jesuita y
Galdós», 136. «Del osario», 137.
«Luminosidad», 138. «Filosofía y
letras», 139. «Mi caja de estampas»,
140. «Tarayuela», 141. «La llega»,
142. «Don Juan de Austria», 143.
«Jerez de la Frontera», 144.

R

- * Rabindranath Tagore, «La vida»,
132.
* RAMA C.: «Israel, laboratorio so-
cial», 122. «La obra cultural de la
revolución cubana», 124. «Naciona-
lización de la cultura en Cuba»,
125. «Paralelo entre la Revolución
cubana y la Revolución española»,
130.
* READ E.: «El anarcosindicalismo»,
122. «La revolución», 126.
* RECLUS: «Las leyes», 126.
REFRANERO: «Monjas y frailes»,
137.
* RELGIS: «Hombres y paisajes», 121.
«De mi calendario», 126-144. «Mar-
celina Desbordes», 139.
RENARD: «La vida», 132.
REVILLA: «El cómico», 144.
REYES A.: «De cómo Grecia cons-
truyó al hombre», 135.
* ROCKER R.: «Las teorías de Marx
y Bakunin», 126.
RODO: «La vida», 132.
ROMAINS J.: «Los detalles», 143.
ROMERO L.: «Hombre vestido de
gris», 144.
ROSE W.: «Una voz europea en
América», 138.
* ROSELL A.: «Civilización y bar-
barie», 129-130.
ROSELLI C.: «Cataluña, baluarte de
la Revolución», 127.
ROUGIER L.: «¿Qué es la filosofía?»,
126.
* RUIZ J.: «Ideas sobre educación»,
121-138.
* RYNER: «El mar», 127. «El filóso-

- fo», 128. «El manantial», 129. «Los
efímeros», 130. «Los arraigados»,
131. «El niño lisiado», 132. «El ár-
bol preferido», 133. «Que la juven-
tud sea», 134. «De mi sabiduría»,
135. «No me escuchas; si puedes,
escúchate», 136. «Dos sueños de
Pacificus», 137. «De mi individua-
lismo», 139. «El rebaño que bala»,
140. «Las parábolas cinicas», 142.

S

- SAINT-PIERRE B.: «La vida», 132.
SALAS SUBIRATS: «Pedagogía», 132.
SALAZAR J.: «Canción venezolana»,
134.
SALOMON: «El amor», 131.
* SALVADOR T.: «Lli Bey», 123.
* SAMBLANCAT: «El camisón de la-
gartos», 121. «Miñotos de Sierra
abajo», 122. «El exubrio colonial»,
125. «La justicia popular en nues-
tro 36», 127. «Canción venenífica»,
134. «La mística española», 135.
«Termonucleación rústica», 136.
«Trustocracia y trastocracia»,
«Prada, no prado», 137. «Camote en
el boulevard», 139. «Repúblicas y
Rehídepúblicas», 141.
SANTIAGO A.: «Poema a la emigra-
ción», 142. «El mar de Dieppe»,
144.
SAUNER W.: «La sociedad», 126.
SCOTT W.: «El amor», 131.
* SCHELER M.: «La edad», 134.
SCHILLER: «El amor», 131. «La vi-
da», 132.
* SENECA: «La vida», 132. «Nada es
grande», 134. «Verdadera grande-
za», 135.
* SENECA: «La vida», 132. » —
* SHAKESPEARE: «La vida», 132.
SILONE: «La sabiduría», 144.
* SIMON J.: «La vida», 132.
* SPENCER: «La creencia», 140.
«Hombre y mujer», 141.
STAEEL Mme: «El amor», 132.
STENDAL: «El amor», 132.
STOETZEL J.: «¿Qué es la filosofía?»,
126.
STORNI: «Romance de la vengan-
za», 135.
* SUNO (V. M.): «Mocrocultura»,
121-136.
SWIFT: «La vida», 132.

T

- TAINÉ: «El amor», 132.
TAYLOR A.: «Sócrates», 135.
TERMISON: «El amor», 131.
* TOLSTOI: «El arte», 131.
TOSQUELLAS: «A mi España», 129.
TUDELA D.: «Chicago» (portada),
137.

U

- * UNAMUNO: «Lo que cuenta es la
conducta», 123. «El amor», 132.
USCATESCU G.: «El tiempo de Uli-
ses», 124.
UTRILLO: «Recuerdos de Zuloaga»,
133. «Miguel Utrillo, padre», 139.

V

- VALDIVIESO M.: «Un ángel sin
alas», 130, 131.
VALLE INCLAN: «La infanzona de
Medinica», 138.
* VALLINA P.: «El verdugo de Má-
laga», 123. «A los jóvenes», 137.
«La copa de la vida», 133.
* VAUVENARGUES: «La vida», 132.
* VEGA J.: «Resurrección y doctora-
do de Charlot», 138.
VIDAL Y PLANAS: «Cuéntenos us-
ted algo», 122. «Sobre la cultura»,
143.
VIDAL G.: «H. Ryner, el hombre y
la obra», 121-126.
VIGNY: «La vida», 132.
VIVES L.: «De la manera de apren-
der», 133.
* VOLTAIRE: «El amor», 132.

W

- WAHL J.: «¿Qué es la filosofía?», 126.
WAY TEALE: «Thoreau y el tiem-
po», 124.
WILDE O.: «El amor», «La vida», 132.

X

- XIMENEZ F.: «El arte de la répli-
ca», 138.
XIRAU R.: «El hombre», 137.

Y

- YDEVALLE CH.: «Cárceles de Espa-
ña», 134.
ZOZAYA A.: «Tras la cumbre», 144.

POETAS DE AYER Y DE HOY

EL MAR EN DIEPPE

*A María, por quien la distancia
equivale al tiempo justo para volver...*

(Desde Dieppe)

En Dieppe no tuve miedo al mar aunque era grande
como el cielo de un dios hecho de hierro.
Allí nos encontramos el mar y yo una tarde
y acaricié sus olas bañándome en su cuerpo.
El mar en Dieppe limita con la playa y una curva de

[rocas,

mar adentro, donde se pierde el límite y los peces
el mar en Dieppe limita con el cielo.

No duerme el mar su borrachera de agua,
es un dios de sí mismo bajo el viento;
yo fui de madrugada a despertarle
y el mar en Dieppe estaba ya despierto.
Un volcán de serpientes apretadas

parece el mar en Dieppe, como unos pechos
Para morder la calma de un silencio que busca otro
[silencio.

Yo me quedé en sus muelles limitado al avance :
tenía el mar de cara cerca y lejos;
descansaban mis ojos horizontales de agua
y era el agua una masa sin objetos
en Dieppe, donde esperaba el mar cada mañana
la partida de un barco, el desconsuelo
de ese ofrecer su vientre sin abrirse,
porque en el mar no existen agujeros.
De costa a costa el mar pierde su fuerza,
un latido de peces en el centro
alborota sus aguas desde el fondo
donde la vida habita un cementerio.
El mar de Dieppe se pierde como un bosque
sin caminos de asfalto ni de hierro,
gigantesca montaña boca abajo
un terremoto de agua en movimiento.
Y el mar empuja con sus pies de espuma
la barriga quebrada del continente quieto
y así regresa el mar sobre sí mismo
rechazado, fugaz, enloquecido;
pertinaz al regreso vuelve el mar a la costa :
visto de las nubes será un ojo de fieltro.
A Dieppe después del alba como un Guernica al trote
de tierra y de gaviotas
llegaba el mar sediento.
Encontraba las costas como cuchillos grises
y los ojos azules de viejos marineros.
Le despedí en los muelles a las seis de la tarde,
tenía el mar mis ojos donde quedarse inmenso.
Vacío hacia otras costas, desnudo como un parto,
parece el mar un náufrago cuando se va del puerto.

ANGEL SANTIAGO

CENIT tiene 12 años



El mes de enero de 1951 aparecía el primer número de la revista. Hace de ello 12 años. No siempre la tarea para asegurar la aparición ha sido fácil. Ni aun los más optimistas podían prever tan larga existencia. En las líneas de presentación que hizo entonces la Redacción, ya aludía a las dificultades:

CENIT apareció por decisión orgánica. La CONFEDERACION NACIONAL DEL TRABAJO DE ESPAÑA EN EL EXILIO podía y debía disponer de un órgano receptor de todas las inquietudes sociales, y anárquicas de sus militantes, que sirviese al mismo tiempo como legado y constatación de una época, de un periodo y de una situación circunstancial extremadamente especial y difícil.

Decía la Redacción en aquel entonces, que una batalla había que librar, una batalla sobre dos frentes: contra el mal llamado comunismo (régimen opresor de Rusia) y contra el capitalismo (imperante en las naciones de Occidente). En rentados o pacíficamente coexistentes, ambos regímenes, ambas formas de gobierno no son más que las partes inseparables de un mismo cuerpo político contra el que habrá que dirigir todos los esfuerzos, toda la fuerza creadora de los hombres y de los pueblos, tal como fue concebido ya a fines de siglo pasado por la Internacional de los trabajadores. Ayer, el Estado y el capitalismo vencieron gracias a la molición de los que querían transformar la sociedad colaborando con los estamentos oficiales, con las fuerzas enemigas. Es cierto que este «mal menor» se llevó la mayoría de los trabajadores: es cierto que en ocasiones el socialismo colaboracionista y político, llegó a gobernar cual verdadero dueño y señor de la situación. ¿Se ha transformado con ello la sociedad? ¿Hay menos privilegios, menos desigualdad social, más bienestar? NO.

Se lee en la nota de « presentación » de la revista : « Es parecer de los que redactamos CENIT que el Anarquismo, con un sindicalismo cuidadoso de su misión, no sólo habría evitado que el mundo llegara a la situación en que está, sino que puede sacarle de esta situación. »

Manifestación creadora, misión de combate, de divulgación y de formación social que aún continúa y que continuará mientras los trabajadores de la C.N.T. no cambien de pensar y aporten su colaboración a la publicación de la que son fundadores.

Pero CENIT es más : « No nos vamos a contentar con exponer nuestro parecer — decía en su primer número —, todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en el que aliente un pensamiento respetable, tendrán eco en estas columnas. »

A 12 años de distancia, no hay más que repasar sus páginas, no hay más que echar un vistazo al índice de autores para cerciorarse de que se ha cumplido con la misión encomendada. Más de 60 firmas, algunas de entre lo más selecto y eminente del pensamiento de todos los tiempos, de todos los pueblos y de todas las razas, lo atestiguan.

En este aniversario, CENIT agradece a sus lectores la ayuda prestada para que viva, y a sus colaboradores por la valiosa aportación, pues gracias a ella la revista ha adquirido carácter universalista, honra de la sociedad futura, de equidad social, de respeto y de fraternidad.

Es de esperar que cada día se incrementará más el sostén que la revista necesita para vivir, que nuevos lectores, vendrán a ella y que nueva y valiosa colaboración enriquecerá su texto, única manera de que la misión sea cumplida sin interrupción.

LA REDACCION